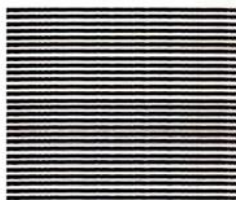


LA CUARTA PIRAMIDE

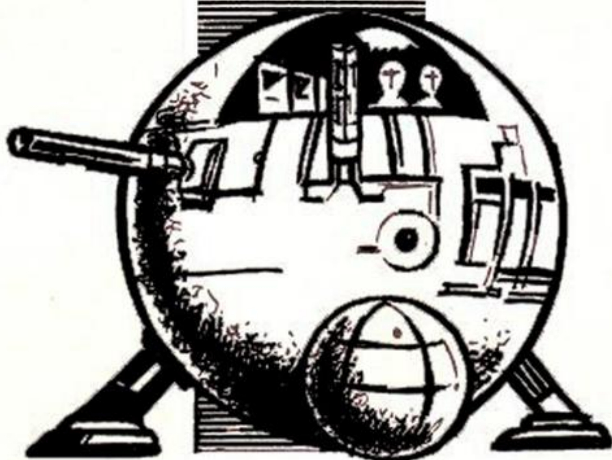
ALEX SIMMONS

SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

116— *Elite cósmica.* Joseph Lewis.

117— *Premonición satanica,* Eric Sorenssen.

118— *El hijo de las estrellas.* Joseph Berna.

119— *El mundo de los nictálopes.* Law Space.

120— *El universo misterioso,* Rocco Sarto.

LAW SPACE

LA CUARTA PIRAMIDE

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 121
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 23.985-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo. 1982
2.ª edición en América: febrero 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES. S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

INTRODUCCION

El hombre corría, desnudo, por la senda arenosa que culebreaba entre las dunas de El Hassard. El globo incandescente del sol parecía flotar en un mundo de gasa. Tal era el aspecto que la neblina tomaba sobre la ondulada superficie del desierto.

La piel del hombre era oscura, de ese color amarro- nado que ofrecen las tribus de los transhumantes que se mueven por la frontera imprecisa que separa el Egipto mitológico de la misteriosa Cirenaica.

El hombre venia de la Puerta de la LUZ.

Había tenido que atravesar, dos meses antes, esta misma franja desértica para llegar a la entrada del largo Valle de los Leprosos.

¡Dos meses ya!

Al hombre le parecía una eternidad.

Había vivido, en aquel valle sombrío, un amplio pasadizo entre murallas de piedras negras que emergían del suelo del desierto por causa que sólo Allah sabe, compartiendo el alimento con «ellos».

Y, ¿por qué no, si después de todo también él era uno de «ellos»?

Todos estaban allí, esperando ser llamados desde el Reino de la Luz, mirando ansiosamente hacia el Sur, hacia el final del Valle...

Y todos ellos, al llegar, uno a uno, se habían acercado hasta el mismísimo borde de la Puerta Prohibida y una vez allí, colocando las manos a ambos lados de la boca, formando una especia de bocina, habían gritado con todas sus fuerzas:

—¡OH, PODEROSO SEÑOR DE LA LUZ! ¡ACUERDATE DE MI! ¡SOY AHMED EL BASSIN!

Todos habían enunciado su nombre.

—¡Soy Mohamed el Bouhamin!

—¡Soy Samuel, de la casa de los Uhzmud!

Y, como todos los demás, el hombre esperó.

Esperó, echado en la pobre paja que cubría el fondo arenoso del Valle, junto a los otros, y como ellos con el cuerpo cubierto de llagas, y como ellos viendo, con horror, como porciones de sus extremidades, dedos de las manos y de los pies, caían bruscamente al

suelo, como pedazos de un tronco carcomido hasta sus entrañas.

Y el hombre esperó.

De vez en cuando, viniendo de la Puerta Prohibida, una voz poderosa corría como un torrente sonoro por el Valle.

—¡Alim el Mahud!

Y el que así se llamaba se alzaba como impulsado por un muelle de acero. Y todos, sin excepción, le seguían con los ojos cargados de envidia, con el corazón rezumando esperanza.

Más tarde, unas pocas horas después, cuando el «elegido» regresaba, los demás se apartaban, mirándole con veneración y reverencia.

Porque ya no era un «ashara» como ellos, un miserable «ashara»... un pobre y desdichado leproso.

¡Había estado en el reino de la luz!

Y volvía convertido en «admuz», «hombre de piel limpia», dispuesto, cuando su momento llegara, a presentarse ante el Profeta sin tener que avergonzarse de su cuerpo impuro.

También el hombre habla conocido esa portentosa aventura.

Y ahora, mientras corría por la senda del desierto, en la limpia desnudez de su piel sin mácula, revivía los momentos que había pasado en el Reino de la Luz, junto al «matahal», el «Gran Mago», el poderoso poseedor de la «capa que brilla como la plata».

El hombre era, el más feliz de los mortales al menos así se consideraba él mismo.

* * *

Issin el Ahmed vio la lejana silueta del hombre que corría por la franja desértica. Mucho antes de echarse a la cara el visor telescópico de su rifle, Issin percibió el desnudo cuerpo del corredor.

¡Otro que intentaba salir del Valle de los Leprosos!

No era el primero que veía ni el primero que mataba.

Aquellos estúpidos intentaban engañarle con el polvo blancuzco con el que escondían sus atroces llagas. Issin crujió de dientes.

¿Qué sería de los once poblados nómadas si se dejaba que los impuros llegasen hasta su territorio?

El mismo esperaba un tercer hijo de su segunda esposa. Y sólo al

pensar que la lacra cubriese el cuerpo del que iba a nacer, los músculos de su cuerpo se contrajeron.

Desde la atalaya de la alta duna, que una vegetación raquítica cubría parcialmente, Issin había dejado pasar a todos los impuros que, de motus propio, deseaban engrosar las filas de los leprosos del Valle.

Pero, ¡ni uno solo había salido!

Es decir… uno consiguió escapar, herido de muerte. Issin le había perseguido a lo largo de la depresión arenosa de El Bizeh, pero no consiguió hallarle… aunque, pensándolo bien, herido como iba, habría sido pasto de las bestias y sus huesos lucirían, pelados, en cualquier parte del país.

Alzó el arma.

El fusil era un regalo de su difunto padre, el «chek» Abnar, que había peleado durante la guerra, ayudando a los hombres del norte a los que mandaba alguien conocido como «El Zorro del Desierto».

De eso hada ya mucho tiempo, pero Issin seguía cuidando del arma como si acabase de recibirla de las manos de su padre.

Sonrió ferozmente.

¡Cuántas veces había soñado con nacer antes para haber conocido aquella maravillosa guerra en la que su padre intervino!

De todos modos, lejos de El Cairo, en una zona inhóspita a la que ni siquiera se acercaban los soldados del ejército de la República, Issin se consideraba el jefe de todo aquel territorio, no estando dispuesto en ningún caso ni a dejar que los médicos italianos y egipcios, que trabajaban en la leprosería de Menouar, cien kilómetros más al norte, se acercasen a la tierra de los pueblos nómadas.

El rostro sudoroso del hombre se dibujo tras la cruceta de su visor telescópico.

La sonrisa se amplió en los labios del árabe, al tiempo que apretaba con dulzura el gatillo.

La bala llegó hasta el hombre…

* * *

La fuerza del proyectil que, ligeramente desviado por la distancia,

le atravesó el pecho, hizo que el hombre fuera lanzado hacia atrás como si acabara de tropezar con un muro invisible.

Caldo en el suelo, con el pulmón atravesado, sintió que la sangre se le subía a la boca.

Y supo que iba a morir.

No le importaba.

Sabia que iban a abrirse ante él las puertas del paraíso, y que ninguna hurí le rechazaría, ya que su cuerpo, como el Profeta lo desea, no estaba mutilado ni era impuro.

Antes de exhalar el último suspiro, el hombre miró al cielo donde el sol brillaba con furiosa incandescencia.

Y sonrió.

De sus labios, teñidos por su propia sangre, salieron las palabras que expresaban su inmensa felicidad.

—«¡Inch Allah!» (1).

---

(1) |Que la voluntad de Alá se haga!

CAPITULO PRIMERO

Desde la raya del horizonte, el sol, que se habla tornado intensamente rojo, ponía irisaciones en los bordes de las hondas trincheras de las excavaciones.

En lo hondo de las fosas, vigilados estrechamente por Peter Olsen, los indígenas proseguían las excavaciones, aunque con ese ritmo lento que anuncia ya el cese del trabajo.

Patrick O'Brien, el jefe de la expedición arqueológica, lanzó un suspiro, al tiempo que miraba a Lewis Maroc que, a su lado, fumaba pensativamente un cigarrillo.

—Nada —dijo O'Brien—. Llevamos tres semanas sin hallar nada de interés.

—Sin embargo —observó el otro—, estas excavaciones fueron iniciadas por los británicos hace treinta años. La guerra impidió que se prosiguieran.

—Nunca dijeron si encontraron algo.

Una sombra pasó por el rostro del criptólogo.

—Fueron tres hombres, profesor: Harold O'Connor, Brian Lorrison y Charles Wepletton. O'Connor murió de fiebres en el 43... Brian falleció en un accidente de aviación, cuando regresaba a Inglaterra... Wepletton desapareció... por aquí, en algún lugar desconocido...

Hizo una pausa.

—Sólo O'Connor —prosiguió diciendo— dejó una especie de diario y en él se habla de «un misterioso camino hacia el sur».

—Luego tengo razón: no encontraron nada en este lugar.

—Lo dudo, señor. Precisamente, algo que hallaron aquí debió orientarles hacia otro punto.

Patrick se encogió de hombros.

—Rumores... no existe profesión en la que los rumores jueguen papel más importante que en la nuestra.

—No creo que se trate únicamente de rumores, señor — insistió el criptólogo—. Las notas que dejó Harold O'Connor precisan, en un pasaje... «que sordo a sus consejos, Wepletton se dirigió hacia un peligroso lugar, situado hacia el Sur de esta excavación... y que no

volvieron a verle nunca más».

El profesor miró a su colaborador.

—¿En que época ocurrió eso?

—En 1950, señor.

—¿Se da usted cuenta? Hacía sólo cinco años que había terminado la guerra... y debían quedar cientos, miles de minas abandonadas en el desierto...

—...Y Wepletton pudo tropezar con una de ellas...

—En efecto.

—Eso entra dentro de lo posible. De todos modos, la lástima es que parte de ese diario se ha perdido, justamente las páginas donde, con toda seguridad, Harold explicaba por qué motivos se fue Charles hacia el Sur.

—Y usted sigue pensando que ese «motivo» fue encontrado en esta excavación...

—Yo, señor...

Una voz femenina, agradable, llegó entonces hasta ellos:

—¡Profesor! ¡Profesor!

Ivonne Touraine, la naturalista, bióloga y médico de la expedición, ascendía velozmente por la senda empinada que conducía al fondo de las fosas.

—Trae algo envuelto en una tela —dijo Lewis.

—Esperemos que al fin hayamos dado con algo interesante.

Momentos más tarde, Ivonne tendía al profesor el paquete que llevaba en las manos.

—¿Qué es, doctora? —inquirió Patrick.

—Un ánfora, profesor. ¡Una preciosa ánfora! Y... sin atreverme a precisar, yo diría que es de la Quinta dinastía.

Patrick esbozó una sonrisa.

—Me encanta su optimismo, «Mademoiselle». De todos modos —dijo recogiendo cuidadosamente el objeto de las manos de la joven francesa—, Maroc y yo vamos a estudiar detenidamente el ánfora...

Se volvió hacia Lewis y con un acento burlón en la voz:

—...a menos que esté usted demasiado cansado para trabajar esta noche.

Lewis frunció el ceño.

«!Viejo gruñón! —pensó —. Si no fueras un hombre de ciencia verdaderamente maravilloso y un egiptólogo de primera clase, hace

mucho tiempo que te habría mandado a paseo».

Y en voz alta, forzándose a sonreír:

—Bien sabe usted, profesor —dijo—, que nada del mundo me impediría Ver lo que puede haber dentro de ese ánfora.

—Porque usted cree que hay algo, ¿verdad?

Lewis estuvo a punto de explotar, pero conteniéndose:

—Si el ánfora está sellada, profesor, algo debe contener.

—Está bien, está bien... —concedió O'Brien—. No hace falta que se enfade usted, amigo mío.

Ivonne, que se había percatado de la irritación de Maroc, sonrió a su vez.

Experimentaba una gran simpatía por aquel muchacho. Y, en cierto modo, creía que el trabajo de ambos tenía bastantes coincidencias.

Después de todo, ¿no era tan emocionante examinar los restos de una momia intentando descubrir todo lo que se ocultaba bajo su piel apergaminada... o hundirse en la lectura de los jeroglíficos para acabar explicando lo que se había escrito casi 6.000 años antes?

—Vamos a la tienda —dijo el arqueólogo—. Muchas gracias por el ánfora, señorita Touraine.

—Buenas noches, profesor.

* * *

Henri encendió un cigarrillo.

—Deben estar pasándolo de miedo —dijo.

Habían cenado, como de costumbre, en el exterior de la gran tienda de campaña que les servía de «sala de reuniones» o de comedor en las horas abrasadoras del mediodía.

Claude Lombass, el etnólogo y el mayor de los miembros de la expedición, dormitaban con el mentón hundido en el pecho. Había repetido su «dosis» de coñac después de la comida.

«Tengo la tensión baja —decía para explicar su "medicación"—. Y necesito un poco de alcohol».

Parecía como si las palabras pronunciadas por el joven antropólogo se hubiesen perdido; pero Ivonne, tras dar una chupada a su propio cigarrillo.

—Esperemos que encuentren algo interesante. Estas excavaciones no nos han proporcionado, hasta ahora, un material como para enloquecer de alegría.

—Nunca me gustaron los «lugares malditos».

—¿Malditos? —inquirió la muchacha.

—Sí, siempre los ha habido. Especialmente en Egipto. Tumbas de faraones, templos enterrados... su des cubrimiento fue seguido casi siempre por una cadena de muertes misteriosas.

—¿No crees que hay un mucho de leyenda en todo eso?

—No sé... La verdad es que desde que vine a este país, por vez primera... miento, desde que de bastante niño vi la primera foto de las Pirámides, me sentí hondamente impresionado.

Ivonne esbozó una sonrisa.

—¡Eso nos ha ocurrido a todos!

—Es posible, pero me atrevo a afirmar que mis primeras sensaciones nacieron de un sentimiento extraño, íntimamente ligado a la grandiosidad.

—No te entiendo, Claude.

—Verás. Existe una «medida», por decirlo así, entre el hombre y lo que hace; esa medida parece estar en relación con los medios que posee para llevar a cabo sus obras...

Apagó el cigarrillo mientras su mirada parecía dirigirse hacia la lejanía.

—Hay una relación de «tamaño» que, como etnólogo, no ha dejado jamás de preocuparme. Voy a ver si puedo explicarte lo que pienso... Por ejemplo: entre los túmulos mortuorios del Hombre primitivo y sus medios, existe una estrecha relación.

"Más tarde, los templos griegos o los asirios proporcionan esa misma relación entre medios y obra. Es la medida" de una época, de una civilización.

—Creo entenderte. Lo que quieres decir es que no puede haber nada enorme, descomunal, si se carecen de los medios para llevarlo a cabo, ¿no es así?

—En efecto.

—Pero, creo que olvidas algunas obras magnas, tremendamente grandes...

—¿Por ejemplo?

El Coloso de Rodas.

—Sí, ya sé... y el Faro de Alejandría y las Columnas de Hércules. Y algunos templos babilónicos... sin contar con la famosa Torre de Babel.

Volvió a encender un nuevo cigarrillo.

—Nada de eso nos ha quedado como «testimonio visible», Ivonne. Mientras que las Pirámides siguen ahí, como un desafío a la lógica.

—Las construyeron cientos de miles de esclavos.

—¿Cómo saberlo? Hoy día, siguen existiendo problemas en cuanto al transporte de las enormes masas de piedra que las componen. Se ha pensado en rampas de tierra, en «máquinas» de madera, en extrañas y primitivas grúas..., pero, en realidad, nadie sabe cómo pudieron construirse con los medios que el hombre tenía entonces a su disposición.

—Es cierto.

—También se ha hablado de su posición, en relación con la de las estrellas... buscando relaciones astronómicas y matemáticas...

—¿No crees en nada de eso?

—Ni lo creo ni dejo de creerlo. Lo que no puedo creer, en modo alguno, es que se haya gastado tanto trabajo para enterrar a un faraón...

—¿Olvidas que para los antiguos egipcios, los faraones eran símbolo de la divinidad?

—No he olvidado nada, mi querida Ivonne. Pero sigo pensando que esas pirámides representan algo más..." son el «modelo» de algo.

—Ahora sí que no entiendo una sola palabra de lo que dices.

Lombass se encogió de hombros.

—Ni yo mismo lo entiendo. Es una pura intuición, una especie de premonición que carece de toda base lógica. ¡No me hagas demasiado caso!

Hubo un corto silencio y, de repente, Claude alzó la cabeza.

—¿No oyes nada?

—No...

—Yo, sí. Un coche se acerca..., alguien que viene a vemos o alguien que se ha extraviado. ¡Vamos a ver quién es!

Se pusieron en pie, yendo hacia los límites luminosos del campamento. Entonces vieron los faros del vehículo que se acercaba lentamente.

Momentos después, un Land Rover se detenía ante ellos.

CAPITULO II

El hombre que descendió del Land Rover era alto, delgado y de rostro huesudo, ornado en la parte inferior por una barbita blanca.

—Soy el doctor Mario Moretti —dijo tendiendo una mano descarnada a los arqueólogos—. Les ruego que perdonen mi intromisión; pero, al ver las luces del campamento, bendije al cielo, ya que no podía más.

—Por favor —dijo Claude—. Es usted bien venido, doctor... Venga y tome asiento. Haré que los criados le preparen algo para comer o beber...

—Ambas cosas... —sonrió el italiano.

Parecía verdaderamente agotado físicamente, pero la perspicaz observación de Ivonne le hizo comprender que había algo más bajo el brillo intenso, casi febril, e los ojos de Moretti.

Dejaron que devorase los sándwiches que preparó el cocinero árabe y que bebiera dos buenos jarros de cerveza fría. Después, Claude le ofreció un cigarrillo, y sólo entonces pareció que el visitante se recuperaba totalmente.

—Ha sido un viaje largo y penoso —dijo—. En realidad, dejé el Hospital a las primeras horas de esta mañana, con intención de llegar a El Cairo hacia mitad de la noche...

Lanzó un suspiro.

—Pero está visto que las influencias espirituales frenan, en cierto modo, el ímpetu de nuestro cuerpo. Desde que lo encontré, ya no he sido más el mismo...

—¿Puede saberse qué encontró usted? —inquirió Ivonne.

—El cadáver de un hombre.

—¡Oh!

Moretti esbozó el asomo de una sonrisa.

—También fue para mí una gran sorpresa, señorita. Seguía el camino de siempre, un atajo por la zona desértica que ahorra una buena treintena de kilómetros.

Iba bien tranquilo. La mañana no era demasiado calurosa, y pensaba en todo el material que iba a recoger en El Cairo.

—¿Ese hospital está muy lejos de aquí?

—A un centenar de kilómetros, hacia el sudeste, señorita. Somos seis médicos: un francés, tres doctores egipcios y yo. Llevamos cuatro años en ese establecimiento hospitalario en el que empezamos por ocuparnos del estado sanitario de los indígenas, especialmente de los miembros de las tribus nómadas.

Movió la cabeza de un lado para otro.

—Hasta que dejaron de venir al hospital.

—¿Por qué?

—Porque habíamos empezado a ocuparnos de los leprosos.

Ivonne se estremeció.

—¿Lepra? ¿Abunda por aquí?

—Bastante, señorita. Cuando empezamos los primeros tratamientos, acudieron más y más pacientes, todos ellos procedentes de los pueblos y aldeas del Sur, no nómadas… estos parecen inmunes a la enfermedad… o, al menos, así lo creíamos.

Exhaló una bocanada de humo.

—…hasta que supimos la verdad. Cuando aparece un leproso entre los nómadas… estos lo abandonan… o lo entierran vivo.

—*Mom Dieu*!

—Creen que la tierra; es decir, las arenas del desierto, lo purifican todo. Están convencidos de que el desdichado leproso, antes de morir, se desprende, bajo tierra, de su enfermedad, teniendo así acceso al Paraíso de Allah.

—¡Qué bestialidad!

—Por eso, por no poder hacer nada para evitar esa actitud cruel de los nómadas, nos dedicamos exclusivamente a los leprosos procedentes del Sur.

—¿Han conseguido buenos resultados? — preguntó el etnólogo.

—Bastante buenos. Todo el mundo sabe que la lepra no es hoy la enfermedad maldita que era antes. Pero…

Guardó un instante de silencio.

—…De vez en cuando, sin avisar, uno de nuestros pacientes se escapa del centro hospitalario.

—¿Por qué motivo?

—Tardamos mucho tiempo en saberlo. Al principio, creíamos que tenían nostalgia de sus poblados de origen, que echaban de menos a su familia, a su mujer y a sus hijos…

—¿No era así?

—No. Se iban porque oían hablar de la Luz, más allá del Valle de los Leprosos.

Claude e Ivonne miraron fijamente al italiano.

—Para esa pobre gente, la Luz… o la Puerta de la Luz, como también llaman a ese misterioso lugar, es un sitio donde la cura de la lepra se consigue instantáneamente.

—¡Diablos!

—Hay mucha superstición alrededor de esa enfermedad. Desde siempre, desde los tiempos bíblicos, la lepra se ha identificado con el castigo del cielo… una especie de terrible maldición…

—Entiendo.

—Nos apenaban las huidas de ciertos de nuestros pacientes, porque estábamos seguros de que caminaban directamente a su pérdida… hasta que…

Se nubló su vista, antes de agregar con un hilo de voz:

—…Encontré ese cadáver.

—¿Dónde lo halló?

—En una zona desértica donde empieza el camino que conduce hacia ese mítico Valle de los Leprosos.

—Y ese hombre… —preguntó Lombas—, ¿de qué había muerto?

—De un balazo.

—¿Eh?

—Los nómanos no permiten que los leprosos atraviesen su territorio.

—Entonces, ¿fueron ellos quienes lo asesinaron?

—Sin duda alguna.

Se llevó la mano a la barba, mesándosela con dedos acariciadores.

—No fue la muerte de ese hombre lo que me impresionó. Lo conocía… porque había sido uno de nuestros pacientes… un pobre hombre con una lepra bastante avanzada…

Le faltaban muchos meses para su curación relativa, cuando huyó del hospital. Las lesiones eran tan graves, que ya había perdido dos dedos de la mano derecha y tres de la izquierda…

—¡Dios mío! —exclamó Ivonne.

—Fue una de las huidas que más afectaron a mis compañeros y a mí, pero…

Movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Es increíble!

—¿El qué?

-Cuando examiné el cadáver... ¡vi que estaba completamente curado!

—¿De veras?

—Sí. Pero no es eso lo más extraordinario. Ese hombre había recuperado sus dedos... ¡las mutilaciones hablan regenerado!

—Pero... —observó Ivonne—, ¡eso es completamente imposible! Yo soy bióloga y...

—...Sabía usted como yo que no hay posible regeneración en los seres humanos, ¿verdad? AI menos en miembros o trozos de ellos que se han perdido.

Claude le miró con curiosidad.

—¿Está usted seguro, doctor, que se trata del mismo hombre?

Moretti asintió con la cabeza.

—Sí. No soy un soñador, signore. Soy un hombre de ciencia que no cree más que en lo que ve.

—Perdone; no he querido...

—Ya lo sé, amigo mío. No sólo es el mismo hombre, sino que voy a examinar esos tejidos regenerados de forma tan misteriosa... El cuerpo va en el Land Rover.

—¿Eh?

—Sí. Ya comprenderán ustedes que no iba a dejar pasar una ocasión única. En cuanto llegue a El Cairo, procederé a una autopsia y examinaré, luego, al microscopio, las zonas que no existían cuando el paciente estaba en el hospital.

Los ojos de Ivonne brillaron.

—¡Va a ser algo apasionante!— Sí —sonrió el italiano—. Estoy deseando tener bajo los ojos las preparaciones de esos tejidos... nuevos... ¿Se da usted cuenta, doctora? ¿De dónde han salido esas células? ¿Cómo han crecido hasta adoptar la forma exacta de los dedos que la lepra devoró?

Ella le miró con ansiedad.

—¿Puedo pedirle algo, doctor Moretti?

—Diga...

—Cuando vuelva usted de El Cairo, ¿le molestaría detenerse aquí?

El italiano sonrió.

—¡Naturalmente, signorina! Lo haré con muchísimo gusto... y le

mostraré los resultados de todo lo que haya descubierto.

—Se lo agradeceré infinitamente.

—No tiene que hacerlo, doctora. Entiendo perfectamente su emoción e interés, ya que yo experimento lo mismo.

Se puso en pie.

—Y ahora, mis queridos amigos, tengo que continuar mi viaje... Con un poco de suerte, estaré en El Cairo en las primeras horas de la mañana... compréndanlo... deseo que el cadáver se conserve lo mejor posible.

Le acompañaron hasta el vehículo.

—¡Muchas, muchísimas gracias por las amabilidades que han tenido conmigo.

—No se merecen.

—Hasta la vuelta... no olviden que me detendré, aquí...

—¡Buen viaje, doctor!

Se quedaron allí, hasta que las luces traseras del coche desaparecieron en la negrura de la noche.

* * *

Cuidadosamente, sirviéndose de finos cuchillos y espátulas minúsculas, el profesor O'Brien fue alzando la capa de cera petrificada que tapaba la boca del ánfora.

Cuando lo hubo conseguido, tomó unas largas pinzas, extrayendo, con sumo cuidado, el papiro que contenía la vasija, pasándoselo a su colaborador.

Lewis lo hundió en la solución reforzadora que había preparado, dejándolo allí durante una veintena de minutos; después, extendiéndolo sobre un papel secante, pasó sobre él un pincel previamente mojado con un barniz especial. Los jeroglíficos pintados en el papiro parecieron recobrar una nueva vida.

Una hora después, tras algunos tratamientos complementarios, la maravillosa pieza estaba dispuesta a ser interpretada.

Maroc era un experto criptólogo. Se había especializado en jeroglíficos egipcios y su poderosa mente captaba a gran velocidad los significados de aquellos curiosos signos y dibujos multicolores.

Aparentemente tranquilo, Patrick le observaba sin decir ni una

palabra.

Tras una primera lectura, Maroc sacó unos libros y fue consultando significados confusos de los jeroglíficos, empezando a tomar notas de cuanto iba interpretando.

Una hora larga permaneció absorto; luego, con un suspiro, volvió el rostro hacia el profesor.

—Es muy confuso —dijo.

—Lo supongo.

—La única cosa que, por el momento, parece más clara, es este conjunto de signos donde se habla de una cuarta pirámide.

—¿Eh?

—Sí. Lo dice con bastante claridad... escuche: «El cielo está en la Tierra y la Tierra está en el cielo… diez soles cegadores son el puente entre ambos... mejor que puente podíamos traducirlo por «camino o senda» «...»

—¿Qué más?

—Hay algunos símbolos que han desaparecido... aquí hay cinco figuras humanas con dos rayas paralelas sobre ellas... lo que significa dos veces diez mil... 20.000.

—¿20.000 hombres? ¿No se referirá a los que intervinieron en la construcción de las pirámides?

—No, espere, profesor... hay otra imagen humana de la que parece desprenderse una segunda figura... es... como si la estuvieran partiendo en dos, de arriba a abajo... y lo curioso es que la figura que se desprende tiene rayas o grietas...

—No entiendo.

—Tampoco yo, profesor. Es la primera vez que veo un símbolo como este... ¡ahora lo veo!

—¿El qué?

—Un pie y una mano a los que faltan algunos dedos... y la quinta figura representa un hombre con cara de león...

—Un símbolo religioso, sin duda...

Lewis tardó unos instantes en contestar.

Luego como si hablara consigo mismo:

—...Esto parece un árbol del que caen hojas... o pedazos de corteza; es como el resumen de las tres figuras anteriores...

Y, de repente, con los ojos resplandecientes, se volvió hacia O'Brien:

—¡Ya lo tengo, profesor!

—¿De veras?

—Sí. Ahora comprendo claramente lo que significan esos hombres que «se deshojan»...

—¿Y qué significan?

—¡Leprosos!

—¿Está usted seguro?

—Por completo, profesor. Incluso la figura de león. Usted sabe que las deformaciones de la cara de esos enfermos les da un «aspecto leonino».

—Es verdad.

—Voy a seguir, señor. Todavía me quedan dos tercios del papiro.

—Bien. Yo soy menos joven que usted... y necesito descansar y pensar un poco. Nos veremos mañana por la mañana. ¡Suerte, Maroc!

—Muchas gracias, señor.

Una vez solo, Lewis se inclinó sobre el trozo que había traducido a medias, pero que no habla deseado comentar, por el momento, con Patrick O'Brien.

—«El cielo estará con nosotros... cuando la CUARTA PIRAMIDE se abrase en los diez soles... y los hombres que se descortezan, cuando la CUARTA PIRAMIDE se apague... podrán volver a florecer como los lotos a orillas del Nilo...»

CAPITULO III

Hans encendió el habano, sirviéndose para hacerlo de su único brazo, el izquierdo.

¿Cómo has dicho que se llama esa basura, Otto?

Issin el Hamed, jefe.

—Un antiguo amigo del Reich, ¿no?

—Eso afirma v de eso se enorgullece.

El manco entornó los ojos.

Me habría gustado estar en África en tiempos de la guerra.

Otto Funker sonrió

—Creo que fue d único lugar donde no estuvo usted, ¿o me equivoco?

—Es cierto. Estuve en Polonia, en Noruega, en Francia, en los Balcanes y en Rusia… allí me arrancó el brazo aquel maldito hijo de perra de Ruski

Dio una ávida chupada a su habano

—Y hablando de otra cosa, ¿crees que ese maldito árabe nos hará caso?

—Con las armas que llevamos en d camión, nos venderla a su propia madre.

—¿Y qué quieres que haga yo con 1a madre? rió Hans von Kramer.

—Es un decir, jefe.

—Pues deja de decir tonterías. Estamos aquí para enriquecernos. Si es cierto que ese moro del diablo sabe algo de una antigua tumba egipcia, que nos diga donde está... y en paz.

—Nos lo dirá.

—Mejor le valdrá que lo haga. Tu ya me conoces, Otto: por las buenas, todo lo que quieran; pero, por las malas...

—No creo que tengamos que apretarle las clavijas, señor. Esas tribus nómadas sueñan con poseer armas modernas. Se enfrentan muchas veces, al pasar la frontera, con las patrullas libias.

—¿Y por qué demonios no se quedan aquí, en su territorio?

—Porque también está su territorio al otro lado de la frontera. Antes de la guerra, la zona de su trashumancia se extendía en una

gran franja de terreno, sin tener en consideración unas fronteras que no fueron nunca reales… ahora es distinto.

—Todo es distinto —gruñó el manco—. ¡Es un asco!

Los dos hombres iban a bordo del Land Rover, mientras que el tercero, Ludwig Sweisser, conducía el pesado camión que iba detrás de ellos.

Hans von Kramer, antiguo miembro de la SS, había llegado a Egipto dos años antes como «jefe del grupo de guardaespaldas» del profesor Karl von Ostenden, especialista en proyectiles teledirigidos, llegado al país de las pirámides para ayudar a los técnicos egipcios en la construcción de misiles.

La tensión entre el mundo árabe e Israel no hacía más que crecer, y se temía una nueva guerra.

Pero a von Kramer le importaba un rábano que judíos y árabes se destripasen mutuamente.

Cobraba un excelente salario, lo pasaba muy bien y, por otra parte, se hallaba en un lugar seguro, lejos de los comandos judíos que seguían buscando a través del todo el mundo a los jerarcas de la SS.

Y él era uno de ellos, ya que ostentaba el cargo de «Oberführer» (general de la SS), al terminar la guerra.

Ahora, gracias a una información llegada providencialmente hasta él, se había enterado de la existencia de una «tumba» egipcia, situada en la zona desértica y sólo conocida por los nómadas, en la que se hablaba que existía un fabuloso tesoro.

Envió a Adolf Wanessann, su ayudante y hombre de confianza, un par de veces hasta la zona de los nómadas, a los que obsequió con algunas armas de protección.

Pero el viejo jeque, Issin el Hamed, no estaba dispuesto a «vender su secreto» por unos cuantos fusiles.

Había pedido fusiles ametralladores, metralletas, bombas de mano y bazookas.

Y de todo eso iba cargado el camión hasta los topes.

Cuando, Adolf, que conducía el primer vehículo, vio los faros de otro, a un par de kilómetros del suyo, frunció el ceño.

—Un coche… —dijo.

—¡ Déjalo!

Adolf esperó unos instantes; luego:

—Está parado jefe.

—¿Crees que sea algún vehículo de la Policía Militar?

—Todo podría ser.

Hans reflexionó unos instantes.

—Puede que tengas razón — suspiró—. Parémonos y digamos a Ludwig que pare el camión y que nos espere hasta que sepamos de qué se trata.

Momentos después, detenido el pesado camión, el Land Rover aceleró, acercándose velozmente a aquel par de focos que perforaban la negrura de la noche.

—¿Y si son policías militares? —inquirió el chófer.

Hans lanzó un gruñido.

—Nuestra documentación está en regla —dijo—. Lo único que tenemos que impedir es que echen una ojeada al camión. ¡Y no vamos a permitirles que lo hagan!

Adolf se estremeció.

Sabía que el antiguo «SS» estaba dispuesto a todo, incluso a deshacerse de los policías, ya que si estos descubrían la carga del camión, la cárcel y luego la expulsión del país serían inevitables. Y Von Kramer soñaba demasiado con el tesoro de la tumba egipcia como para dejarse coger estúpidamente.

Cuando los focos del Land Rover iluminaron el otro coche, los dos alemanes se percataron que era del mismo tipo que el suyo, apercibiendo a un hombre que les hacía señas con los brazos.

—¡Frenal

Hans abrió la puerta y bajó del coche, dirigiéndose hacia un hombre con barbita blanca que le acogió con una amplia sonrisa.

—¡Gracias a Dios! No esperaba que alguien pasara por aquí esta noche.

--¿Qué le ocurre?

—No lo sé, señor...

—Me llamo Hans von Kramer.

—Yo soy el doctor Moretti. Como le iba diciendo, señor, hay algo estropeado en el motor.

—Yo no soy mecánico.

—Es que... tengo mucha prisa por llegar a El Cairo. No puedo permanecer aquí cuando salga el sol...

—¡Sufre usted insolación! —sonrió el germano.

Moretti estaba desesperado.

Miró al hombre que se alzaba ante él, corpulento y fuerte como un buey, con la manga derecha doblada a la altura del codo.

No le eran muy simpáticos los alemanes, especialmente los que habían llegado a Egipto como «técnicos militares», dispuestos a proporcionar armas nuevas a los árabes para poder hacer la guerra a Israel.

El italiano era antibelicista y como todo buen médico, no pensaba más que en hacer bien a los demás: en curar más que herir o matar.

Por su parte, el fino olfato del «SS» intuyó algo raro en aquel hombre nervioso.

—¿Por qué teme usted tanto al calor? — inquirió al cabo de unos instantes.

Moretti lanzó un suspiro.

¿No era mejor decir la verdad? Aquel hombre podría trasladarle a El Cairo, que no estaba a más de 40 kilómetros. El italiano estaba dispuesto a despertar los sentimientos humanitarios de su interlocutor.

—Llevo un cadáver en el Land Rover —dijo.

—¿Eh?

—SI, un muerto que debe ser examinado cuanto antes en el Instituto Anatómico de El Cairo, ya que se trata de un caso extraordinario.

Recordando los miles de muertos que había visto durante la guerra, Von Kramer esbozó una sonrisa.

—Ningún muerto es importante doctor. Y ninguno, que yo sepa, tiene prisa por ser examinado.

—No es un muerto comente señor. Es un leproso...

Hans retrocedió, al tiempo que su rostro palidecía.

—¿Un leproso?

Sí, pero curado.

—No entiendo su interés.

—Es un leproso que había perdido dedos de ambas manos... y, por algo que no conocemos aún, ha recuperado los dedos.

Hans abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Intenta usted decirme que le han vuelto a crecer los dedos?

—Así es.

Y Moretti, que ya creía haber ganado la partida, impresionando

positivamente a aquel hombre, le contó sencillamente todo lo que sabía.

Mientras escuchaba al italiano, Von Kramer no pudo evitar que una intensa emoción se fuera apoderando de él.

Pensaba en su brazo.

Era como si algo en lo que ni siquiera se había atrevido a pensar, aconteciese ahora.

Su cerebro se puso a trabajar a una velocidad extraordinaria. Pesó y sopesó todos los pros y los contras; finalmente, tomó una decisión.

—Voy a ayudarle, doctor.

El rostro del italiano se iluminó.

—¡Oh! «*Signore, molte grazie*!»

—Espere aquí.

Volvió al Land Rover.

—Escucha, Otto. Vas a ir con Ludwig. Espero que actúes como yo lo habría hecho y que saques al viejo moro todos los datos...

—Pero... ¿y usted, jefe?

—Yo voy a llevarme este Land Rover con ese médico y algo que lleva en su coche.

Sonrió cruelmente.

—El cree que voy a llevarle a no sé qué Instituto..., pero lo llevaré a nuestro Bunker... en las afueras de El Cairo.

Estaba dispuesto a proporcionar a Moretti todo el material que necesitase para llevar a cabo sus experimentos. Luego, le obligaría a que le condujera a aquella misteriosa «Puerta de la Luz» donde había alguien capaz de hacer crecer los miembros desaparecidos.

* * *

Sentados alrededor de la mesa, tomando el desayuno, los miembros de la expedición arqueológica, con la excepción de Maroc, charlaban animadamente de los acontecimientos ocurridos la noche anterior.

El profesor O'Brien escuchaba atentamente el relato de Claude Lombass.

Cuando el etnólogo terminó su relato, Patrick se encogió de hombros.

—¡Ese médico italiano está completamente loco! — exclamó.

Y mirando con fijeza a Ivonne:

—¿Cómo ha podido usted creer tales patrañas, doctora Touraine? Yo no soy biólogo, ni necesito serlo para saber, como lo sabe cualquier estudiante de bachillerato, que sólo algunas especies de animales, gusanos y reptiles, pueden regenerar parte de sus cuerpos que han perdido.

Las mejillas de Ivonne enrojecieron un tanto.

—Yo creo que el doctor Moretti decía la verdad.

—¡Bah! Un hombre no es una lagartija a la que se corta la cola y ésta vuelve a regenerarse. Además, ¿vieron ustedes ese cadáver?

—No.

Lo suponía. Incluso si ese loco italiano se lo hubiera mostrado, ¿cómo sabe que era el mismo leproso que perdió los dedos?

La llegada de Lewis, con los ojos hinchados y una tremenda cara de sueno, interrumpió a los presentes.

Maroc se dejó caer en una silla plegable. Lanzando un profundo suspiro.

—Un poco de café…

Ivonne se apresuró a servirle una gran taza que él bebió con verdadera avidez.

—¿Y bien? — inquirió el profesor cuando el criptólogo terminó de beber.

— Sigue estando todo muy confuso, señor. Pero, desde luego, lo que de ello resulta es la certeza de la existencia de una cuarta pirámide.

—¡Qué tontería! —exclamó O'Brien—. Si alguna vez existió, habrá desaparecido… una pirámide no es algo que pase desapercibido.

—Hay —insistió Lewis con una sonrisa—, sobre el signo que representa la pirámide un semicírculo. Y eso aparece todas las veces.

—¿Y qué significa ese semicírculo? — inquirió Ivonne.

E1 semicírculo tiene siempre la misma significación, y quiere decir que el símbolo que le acompaña está «bajo tierra».

El profesor hizo una mueca.

—¿Quiere decir eso que esa famosa cuarta pirámide está enterrada?

—Seguro —repuso Lewis—. Cuando una figura humana aparece

coronada por un semicírculo, significa un hombre muerto y enterrado. Si cualquier otra cosa que esté dibujada tiene el semicírculo bajo ella, con la parte cóncava hacia arriba, quiere decir «viaje», ya que el semicírculo dibujado de esta manera tiene forma de barca.

—¡Qué interesante! —exclamó la joven.

Pero Lewis que no había dejado de mirar al profesor, prosiguió diciendo:

—La pirámide siempre aparece con el semicírculo encima, aunque hay otros símbolos que me extrañan mucho.

—¿Por ejemplo?

—Una flecha que señala hacia el cielo. Siempre posee la misma significación, la de «volar».

El profesor no pudo evitar que una risa breve brotara de sus labios.

—¡Lo que nos faltaba! Una pirámide voladora. Si no supiera que es usted un eminente criptólogo, creerla que se está usted burlando de nosotros.

Lewis se puso serio.

—Yo no hago más que interpretar los jeroglíficos del papiro. Es muy posible, sin embargo, que las significaciones estén cambiadas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Como la experiencia nos ha demostrado, hay papiros que están «en clave». Se trata de mensajes que ciertas sectas sacerdotales se enviaban, las unas a las otras. Algo así como los códigos secretos actuales.

O'Brien cubrió su boca para ocultar un bostezo.

Era evidente que el profesor esperaba resultados más concretos de la lectora del papiro.

—¿No ha descubierto usted nada más?

—Algunos otros datos, profesor. Como usted vio anoche, mientras permaneció a mi lado, los hombres que «se descamaban», eran leprosos

—Ya lo sé.

—Un poco más abajo de las líneas que leímos juntos se habla de un profundo valle, en cuyo término se encontraría esa pirámide oculta.

Intervino la bióloga.

—Es muy curioso que, desde anoche todo lo relacionado con nosotros, se asocie a los leprosos.

El profesor le lanzó una mirada áspera: pero Ivonne no prestó mucha atención a aquel gesto adusto.

—Yo pienso — dijo— que el lugar en el que el doctor Moretti descubrió el cadáver, debía estar en el camino de ese valle y que, por lo tanto el prodigio experimentado por ese pobre enfermo debe estar asociado a la cuarta pirámide de la que Maroc acaba de hablarnos.

—Todo eso no va hacer que nos movamos de aquí, señorita Touraine — replicó el profesor. Mientras no poseamos pruebas más evidentes de la existencia real de esa cuarta pirámide, proseguiremos nuestros trabajos en esta excavación.

—Yo, no.

Todos se volvieron hacia Claude, que se había incorporado con viveza.

Y como nadie le hizo ninguna pregunta:

—Me dispongo a investigar este asunto, si es que Lewis puede proporcionarme una traducción del papiro.

—Lo haré encantado, amigo mío.

El profesor se encogió de hombros.

—Es usted muy dueño de hacer lo que quiera, señor Lombass, pero estoy convencido de que va a cometer una tremenda tontería.

—Yo le acompañaré —exclamó bruscamente Ivonne.

El etnólogo dirigió a la muchacha una mirada agradecida.

Mientras, el profesor se ponía en pie y con un nuevo encogimiento de hombros:

—Si nadie más a perdido la razón en este grupo, creo que ha llegado el momento de seguir trabajando.

* * *

Poco antes de que la ciudad de El Cairo se hiciera visible en el horizonte, Hans torció a la derecha, tomando una carretera que conducía directamente al «Bunker».

Así denominaban una magnífica mansión, a unos ocho kilómetros de la ciudad, en la que vivía, además de la guardia mandada por Von Kramer, el profesor Karl von Ostenden, su ayudante Adolf

Wanessann, y la hija del primero, Erika.

Von Ostenden había sido contratado por las autoridades egipcias para desarrollar un amplio plan en la producción de misiles teledirigidos.

Aún joven en la última parte de la segunda guerra mundial, Karl habla trabajado en la industria de guerra nazi, en compañía de los sabios que produjeron los primeros proyectiles teledirigidos que cayeron sobre Inglaterra en 1944.

Escapando a las autoridades americanas, que se habían llevado a un grupo de aquellos sabios, y a las soviéticas, que hicieron otro tanto Karl había permanecido tranquilamente en una apacible ciudad de Alemania Federal, hasta que el gobierno de El Cairo había solicitado sus servicios.

Todas las mañanas, un vehículo especial, custodiado por motoristas militares, iba en busca de Von Ostenden, conduciéndole a los laboratorios instalados en El Cairo.

Mientras su padre pasaba la jornada entera en los laboratorios, Erika se divertía a su manera, practicando la equitación, conduciendo el magnifico Jaguar que el profesor le había hecho llegar desde Europa o en algunas ocasiones, yendo de compra a la capital.

Los egipcios pagaban una verdadera fortuna al sabio alemán lo que permitía que Erika viviese de forma caprichosa, ocupando sus ocios de la mejor manera que podía.

Erika.

Al pensar en ella, Hans se mordió rabiosamente los labios, seguía conduciendo el vehículo con su único brazo, ya que era capaz de hacer muchas cosas con el que le quedaba.

¡Si hubiese tenido los dos!

Muchas veces había soñado con aquella alocada muchacha, aunque ninguna clase de sentimiento amoroso le inclinara hacia ella. Hans pensaba únicamente en la colosal fortuna que el padre de Erika estaba almacenando en la cuenta corriente de un Banco suizo, ya que todos los gastos: la casa, los vehículos y la manutención de los hombres de ciencia y de su guardia personal eran pagados directamente por el gobierno egipcio.

Lo que quería decir que el fabuloso sueldo de von Ostenden ingresaba directamente en aquel Banco de la ciudad de Berna.

Hans lanzó un suspiro al tiempo que la tensión diminuía en él.

Ahora era muy distinto.

Si las informaciones de aquel árabe eran ciertas, si existía aquel templo y su correspondiente tesoro, él, Hans, ya no tendría que pensar en Erika como solución a su futuro.

Pero si, además, lo que aquel italiano loco le había contado en la carretera era cierto, si podía recuperar el brazo que había perdido en Rusia, todo un mundo de felicidad se abriría ante él.

Miró al médico italiano que, rendido por el cansancio, se había quedado profundamente dormido a su lado.

—Cuando despiertes, amigo mío, —pensó en voz alta-, te encontrarás en un lugar del que no te dejaré salir hasta que me hayas demostrado que lo que me contaste es cierto.

Miró hacia el horizonte, por el que ya asomaba el sol, y pensando en la clase de carga que llevaba el vehículo, aceleró la marcha, no deteniéndose hasta que, una vez pasada la verja que dos guardias armados vigilaban, penetró directamente en el parking subterráneo, donde despertó al médico italiano.

CAPITULO IV

Claude e Ivonne no tomaron más que lo necesario para el viaje de inspección que habían proyectado.

Cargaron en el Land Rover os víveres y aparatos de orientación, así como un mapa de la región que pensaban visitar. Por otra parte tal y como habla prometido. Lewis les proporcionó la copia de la traducción que había hecho del papiro

—Espero que tengáis buena suerte — les dijo al despedirse de ellos—. Pero do olvidéis lo que os dijo el médico italiano respecto a esos nómadas salvajes, que no dejan pasar a nadie hacia el valle.

Claude esbozó una sonrisa.

—No creo que se atrevan a meterse con nosotras

—¿Cuándo pensáis volver?

—Creo que una semana será suficiente para ver si lo que dice el papiro es verdad. De todos modos, mantendremos contactos con vosotros Todos los días, hacia mediodía, enviaremos un mensaje por radio.

Momentos después, d vehículo, conducido por Lombass, se alejaba ad campamento.

—Por el momento — dijo Claude— vamos a seguir directamente hacia el sur. En lo posible, evitaremos tropezamos con esos nómadas.

Ivonne le miró de reojo.

—¿Les crees capaces de cortarnos el paso?

—No lo se. De todos modos, por lo poco que conozco de esos pueblos, no están acostumbrados a obedecer órdenes de nadie.

—Estaban por aquí durante la guerra, ¿verdad?

—Sí. Casi todos, no se sabe exactamente por qué, ayudaron a las tropas germanas, aunque quizá fuera porque esperaban que Hitler, tal y como les había prometido, les convertiría en los dueños absolutos del norte de África.

—Eso quiere decir que odiaban a los ingleses, ¿no es cierto?

—Tampoco los ingleses hicieron demasiados méritos para ser amados por esa gente. A los ojos de los nómadas, hombres acostumbrados a vivir en completa libertad, la presencia de las

tropas británicas, aplicando a veces una excesiva disciplina en esta tierra, terminó por exasperarles.

—Entiendo.

—Cuando los alemanes fueron vencidos, los ingleses cometieron el error de ejercer duras represalias contra las tribus nómadas que habían simpatizado con los nazis…

Lanzó un suspiro.

—…Desde entonces, procuran mantenerse alejados de la civilización, defendiendo con uñas y dientes esa zona de desierto inhóspito en la que viven.

—En el fondo, esa gente me da una cierta pena.

—No creo que sean tan inhumanos como dicen, pero como no les queda más que ese territorio, consideran a todos los que penetran en él como verdaderos enemigos.

Guardaron unos minutos de silencio.

Después de dejar la carretera, Claude introdujo el vehículo en una zona pobre de vegetación, cuyo suelo no era aun lo suficientemente arenoso como para ser calificado de desierto.

Seguían avanzando hacia el sur.

El calor se hada sentir cada vez con mayor intensidad, pero el coche carecía de ventanillas, lo que permitía que el aire circulase en su interior haciendo la atmósfera más respirable.

Después de haber encendido un cigarrillo, Ivonne dijo:

—Estaba pensando en el papiro.

—Yo también —confesó Claude—. En realidad, se ha hablado tanto de las pirámides, que no me extremaría que el papiro dijese la verdad, ya que deben existir otras tumbas donde fueron enterrados algunos otros faraones.

—Lo que más me extraña de lo que he leído —dijo la muchacha —, es la relación que parece existir entre esa cuarta pirámide y los leprosos.

—¿Qué quieres decir?

—Soy yo quien quisiera hacerte una pregunta.

—Habla.

—¿Crees que existían muchísimos enfermos de esa clase en la época de los faraones?

—No lo sé.

—Hablando con Lewis, hace un par de semanas, comentamos

justamente este asunto.

—¿Y qué te dijo?

—Que por curioso que parezca, no había visto jamás en ninguno de los jeroglíficos que han pasado por sus manos, ningún símbolo que representara a alguien que padeciera esa horrible enfermedad.

—Sí que es curioso...

—Sin embargo, como sabes, aparecen figuras que representan a médicos que están operando a pariente realizando intervenciones quirúrgicas tan increíbles en aquella época como la trepanación.

—Es verdad.

—Por eso, si como dice en el papiro, existían tantos leprosos... y si no me equivoco, Lewis mencionó la cifra de 20.000, ¿cómo es posible que no se haya encontrado otro documento en el que se mencionara algo tan importante?

—Tienes razón. Es muy extraño...

Ella entornó los ojos, mientras fumaba en silencio.

Luego:

—Hay algo que me da vueltas en la cabeza.

—¿De qué se trata?

—¿Y si se tratara de una enfermedad distinta a la lepra?

—No sé lo que estás pensando, pero creo que la imagen que nos dio Lewis era bastante clara: hombres a los que se les cae parte del cuerpo.

—Eso ocurre también en otros casos.

—¿A qué te refieres?

—¿Has olvidado las lesiones por radiación atómica?

La sorpresa hizo que Claude perdiera un instante el control de la dirección, lo que hizo que el vehículo se desviase del camino. Frenó y, volviéndose hacia la muchacha:

—¿Te has dado cuenta de lo que acabas de decir, Ivonne?

—Sí.

—¿Es que quieres hacerme creer que los antiguos egipcios conocían la energía del átomo?

—Ya sé que parece una barbaridad y que no tenemos prueba alguna de que eso sea cierto. Pero hay cosas, en ese papiro, que me han hecho pensar en algo...

El etnólogo sonrió.

—¿Te refieres a eso de los «diez soles», ¿verdad?

Ella entornó los ojos, mirando hacia el parabrisas, pero con una mirada que parecía perderse en la inmensidad arenosa a la que se estaban acercando.

—Para mi — dijo sin volverse—, la imagen de esos diez soles posee una significación... como de una inmensa fuente de energía.

—¡Que imaginación la tuya!

Iba ella a responder cuando, de repente, una serie de orificios aparecieron en el capot del vehículo, seguidos casi inmediatamente por el estrépito de unos disparos.

* * *

—No entiendo...

Hans dirigió una mirada sardónica al italiano.

—Es muy sencillo, doctor Moretti De nada van a servir sus protestas. Estamos en un sitio aislado y alejado de la ciudad.

—Pero, ¿qué es lo que desea usted de mí?

—Qué hagas — dijo el germano apeando bruscamente el tratamiento— lo que ibas a hacer en El Cairo. Voy a proporcionarte todo lo que necesites para que estudies ese «fiambre»...

Y lanzando una sonora carcajada:

—...Y ahora sí que merece ese nombre, ya que lo he metido en la cámara frigorífica.

Moretti denegó enérgicamente con la cabeza.

—No tengo por qué obedecerle, signore. Mi deber es establecer contacto con mis colegas de El Cairo, y estudiar juntos el caso.

—Pues vas a hacerlo aquí solito y siguiendo mis instrucciones al pie de la letra.

—¡No haré absolutamente nada!

Los ojos de Hans brillaron intensamente.

—Sin duda alguna, habrás oído hablar de la SS, ¿verdad?

Mario se estremeció de pies a cabeza.

—Ya veo que sí —continuó diciendo el alemán—. Puede ocurrirte, amigo mío, lo que le pasó a ese leproso antes de que le curaran. Soy perfectamente capaz de ir cortándote los dedos uno a uno... o empezar arrancándote los ojos.

Fue el italiano a hablar, pero Hans se lo impidió con un gesto

brusco.

—¿Ves este brazo? lo perdí en Rusia y, como puedes comprobar, lo tengo cortado por debajo del codo. Si a ese leproso le volvieron a salir los dedos, yo podría fácilmente recuperar lo que perdí en aquel maldito país.

—¡Esta usted completamente loco!

La dura mano izquierda del germano se estrelló en el rostro del doctor, que salió despedido como si acabara de recibir la patada de una mula.

—¡Levántate!

Mario obedeció, sintiendo que el lado izquierdo de la cara le ardía como si acabaran de aplicarle sobre la piel un hierro candente.

—Vas a empezar a trabajar ahora mismo —gruñó Hans—. Ya sé que tienes que comprobar lo que ha ocurrido con los dedos del muerto, y adivino que los resultados que obtendrás serán positivos.

—No sé...

—¡Claro que lo sabes, maldito italiano! Una vez hayas comprobado que esos dedos crecieron de nuevo, iremos al lugar donde se realizó ese prodigio.

—Los nómadas no nos dejaran llegar hasta allí.

El alemán soltó una nueva carcajada.

—Los nómadas son amigos míos, imbécil. Olvídate de todo eso y empieza a trabajar ahora mismo, si no quieres...

Moretti bajó la cabeza.

—Haré lo que usted me mande, señor; pero, por favor, no vuelva a golpearme... soy un hombre enfermo.

En realidad, no estaba enfermo, aunque fuera débil y no muy joven.

Por otra parte, ante aquella bestia humana que era el germano, Moretti se dijo que no tardarla en presentarse la ocasión de engañarle.

Desgraciadamente para él no conocía a Hans von Kramer.

No hubiera pensado en engañar a aquel hombre si hubiera podido leer en la mente del alemán cuál iba a ser su destino.

* * *

Instintivamente, al oír los disparos. Ivonne y Claude se agacharon, poniéndose a cubierto en el interior del vehículo.

Pasaron un par de minutos antes de que el etnólogo se atreviera a levantar la cabeza. Echando una ojeada a través del parabrisas, comprobó que no había nadie y levantándose definitivamente, saltó fuera del coche Ivonne le imitó.

Estaba más furiosa que asustada, y al ver que Claude levantaba el capot del Land Rover, se acercó a él.

—¿Es grave?

Antes de contestar, Claude hundió la cabeza, examinando detenidamente el exterior del potente motor.

—Creo que han roto el carburador —murmuró alzando la cabeza —. Lo que quiere decir que no podemos movernos de aquí.

—Pero, ¿quién ha podido disparar sobre nosotros?

—En principio, los nómadas. Aunque, hay algo que me extraña…

—¿El qué?

—El que nos hayan disparado con una metralleta. Fíjate en que hay seis orificios de bala en el capot.

Una sombra pasó por el rostro de la muchacha.

—¿Y qué vamos a hacer?

Tampoco esta vez respondió Claude. Miró lenta y pausadamente en todas direcciones, no viendo más que las dunas de arena y, aquí y allá, algunos matojos de raquítica vegetación.

—Enviaremos un aviso por radio al campamento — dijo finalmente—, Y esperaremos a que vengan a buscarnos.

Se dirigió al interior del coche, pero apenas había abierto la puerta y echado una ojeada al salpicadero, cuando juró en voz baja:

—«*Mon Dieu*».

—¿Qué ocurre? —inquirió Ivonne que, al acercarse a él había palidecido.

—Hemos tenido muy mala suerte —suspiró Claude—, Una de esas malditas balas ha destrozado la emisora.

Ivonne se mordió los labios.

El que aquella aventura empezará de forma tan desdichada, no dejó de producirle una cierta tristeza. Estaba visto que se habían mostrado demasiado optimistas, a pesar de las recomendaciones que les hizo el doctor Moretti.

—En realidad, dijo Lombass—, no debemos temer a que los

nómadas nos ataquen. Si lo hicieran, tendrían a las tropas tras ellos en menos que canta un gallo. Se han limitado a inmovilizarnos aquí, demostrándonos que no desean que prosigamos nuestro camino.

Ella le miró con fijeza.

—Todo eso está muy bien, Claude. Pero me gustaría que me dijeras lo que vamos a hacer cuando se nos acaben los víveres y el agua. Hemos recorrido más de 50 kilómetros desde que salimos de la carretera.

Claude asintió con la cabeza.

—No va a quedarnos más remedio, pequeña —dijo— que intentar retroceder hasta la carretera, caminando únicamente durante la noche. Con este calor abrasador, nos derretiríamos antes de haber andado media docena de kilómetros.

Ivonne lanzó un suspiro.

—Tienes razón. No veo una mejor solución.

CAPITULO V

El germano había cumplido su palabra.

Enviando a sus hombres a El Cairo, proporcionó al médico italiano todo el material científico que necesitaba.

Y Moretti, olvidando sus cuitas, dejándose llevar por el entusiasmo de la investigación que estaba realizando, se concentró en el examen microscópico de los tejidos de los dedos que de manera tan extraordinaria había regenerado el leproso.

De vez en cuando, Hans se asomaba a la habitación que había convertido en laboratorio, limitándose a echar una rápida ojeada sobre el médico. Regresaba después a su habitación, para echar un trago, antes de asomarse a la ventana qué daba directamente a la entrada del edificio.

Cuando, a la caída de la tarde, vio aparecer en el horizonte la silueta del camión, una sonrisa se le subió a los labios.

Incapaz de contener su impaciencia, bajó precipitadamente al patio, esperando la llegada del vehículo.

Fue Otto el primero en bajar del camión, enarbolando una sonrisa de buen augurio.

—¿Qué tal ha ido eso?

La sonrisa se amplió en los labios de Funker.

—Muy bien, jefe. Al árabe le encantaron las armas que le entregué.

—¡Me importa un bledo, que le gustaran o no! Lo que me interesa es si te habló de esa «tumba».

—¡Pues claro que me habló de ella!

—¿Te hizo un plano?

Funker se encogió de hombros.

—Sueña usted, jefe. Esos nómadas no saben leer ni escribir, cuanto menos hacer planos. Pero me explico perfectamente la forma de llegar a ese lugar.

—Explícate.

—Es bastante sencillo, al sur de la tierra de los nómadas, hay una especie de sendero que conduce exactamente a eso que ellos llaman el Valle de los Leprosos.

—Sigue.

—Una vez atravesado el valle, hay un montículo en cuya base se encuentra una entrada que conduce a la famosa tumba.

—Ya veo que es fácil.

—Hay, sin embargo, una cosa...

—¿El qué?

—El jeque pone una condición para permitirnos atravesar sus tierras.

Hans frunció el ceño.

—No me gustan las condiciones. Al entregarle las armas, ya hemos cumplido con nuestra parte. Si ese bastardo me quiere buscar las cosquillas, va a llevarse una buena sorpresa.

Y mirando con fijeza a Funker:

—Veamos cuál es esa condición.

—Que matemos a todos los leprosos del valle.

Von Kramer lanzó una risotada.

—¡Si no es más que eso! En el fondo, ese viejo moro tiene razón. No me gustaría tener que atravesar un lugar lleno de esos asquerosos enfermos.

Una luz de codicia se encendió en los ojos de Otto.

—¿Cuándo iremos, jefe?

—Pronto. Pero antes tengo que solucionar un asuntillo con el tipo que encontramos en la carretera. Y no me hagas más preguntas. Meted el camión en el garaje y cerrad el pico, ya que el profesor Von Ostenden no tardará en regresar.

Justo en aquel instante, montada en un hermoso caballo árabe, entró Erika en el patio.

Llevaba un hermoso traje de amazona de color gris perla con un sombrero de fieltro rojo.

Era una mujer alta, esbelta, con una larga y sedosa cabellera rubia que le caía sobre los bien torneados hombros. Pero había en sus grandes y rasgados ojos claros un intenso brillo de orgullo que se convirtió en desprecio cuando fijó su mirada en el manco.

Desmontando con agilidad, cogió la brida del caballo acercándose a Von Kramer.

—¡Lleva el caballo a la cuadra, Hans!

El hombre se estremeció de pies a cabeza.

Estaba acostumbrado a que ella le tratase de aquella manera,

pero la esperanza de convertirla un día en su esposa había puesto un poco de bálsamo en el díscolo trato de la alemana.

Ahora era distinto.

Iba a convertirse en un hombre muy rico. Y por si fuera poco, si los experimentos del italiano tenían éxito, volvería a recuperar el brazo perdido en el frente ruso.

Entonces, está estúpida y presumida muñeca recibiría una lección que jamás podría olvidar.

Algo notó ella en la expresión del antiguo SS. A pesar de la seguridad que le proporcionaba su propio orgullo y la tremenda confianza que tenía en la importante posición social que ocupaba, la muchacha no pudo evitar un estremecimiento.

Pero, casi en seguida su orgullo barrió la totalidad de sus temores, y mirando con desprecio al germano:

—¿Es que no me has oído? ¡Date prisa!

Hans esbozó una sonrisa irónica.

—*Ja, meine Fraülein*.

Y se fue, tirando de la brida del corcel.

* * *

—Se está haciendo de noche.

Claude no contestó.

Había preparado dos mochilas, cargando en ellas algunos víveres y llenando dos grandes cantimploras con agua potable. Sin volverse:

—No podremos llegar a la carretera está noche —dijo, lo que quiere decir que tendremos que hacer un alto durante el día. Si tenemos la suerte de encontrar una sombra podremos escapar a una insolación.

Estaban dispuestos para la marcha, pero habían esperado vanamente durante todo el día que los nómadas se acercaran para proporcionarles por lo menos algún medio de locomoción para poder regresar.

—Son tan salvajes como inhumanos —dijo Ivonne.

Claude frunció el ceño.

—No lo entiendo —dijo al cabo de unos instantes—. Saben perfectamente que corremos el peligro de morir durante el regreso, y

no pueden ignorar la gran responsabilidad que caería sobre ellos por haber atentado contra la vida de dos arqueólogos invitados por su país.

El razonamiento de Lombass era justo.

Pero lo que la pareja ignoraba, era que las balas de la metralleta que habían inutilizado el Land Rover, no procedían de las armas que Hans había hecho entregar a los nómadas.

Fue personalmente Otto Funker quién disparó sobre ellos; aunque no le había dado tiempo, a su regreso al Bunker para explicárselo a su jefe, Hans von Kramer.

—Coge tu mochila, Ivonne.

Iba ella a agacharse cuando la voz de Claude la inmovilizó.

—¡Quieta! ¡No hagas ruido!

—¿Qué ocurre?

—Alguien se acerca.

Se quedaron quietos junto a la portezuela abierta del coche, mirando ansiosamente las densas tinieblas que les rodeaban.

Parecía como si Claude hubiese sufrido una alucinación, ya que el silencio era absoluto. Pero, bruscamente, la muchacha oyó el sonido apagado de unos pasos que se acercaban a ellos.

El etnólogo empuñaba ya su revólver.

—Entra en el coche —dijo en voz baja a la joven — y enciende los focos cuando yo te diga.

Claude puso una rodilla en tierra alzando el arma que empuñaba. Esperó unos instantes y, luego, en voz baja:

—¡Ahora! —ordeno.

Los conos lechosos de los faros abrieron sendos abanicos luminosos delante del vehículo.

Claude abrió desmesuradamente los ojos.

En la amplia zona que las luces del Land Rover iluminaban, acababan de aparecer, como surgidos de un remoto pasado, un grupo de guerreros vestidos a la usanza de los tiempos de los faraones.

Moretti retrocedió un par de pasos, mirando como embelesado al potente microscopio con el que habla estado trabajando durante las tres últimas horas.

—¡Es fantástico!

No podía creerlo. Había hecho minúsculos cortes de los tejidos de los dedos del cadáver, comprobando que la regeneración se había

producido de una manera perfecta.

«Como en la cola de una lagartija» —pensó.

Lo que no podía explicarse era qué habla hecho posible aquel milagro. Era evidente que existía un lugar, más allá del Valle de los Leprosos, donde alguien poseía los medios capaces de llevar a cabo aquel espectacular prodigio.

—¿Y bien?

Mario dio un brinco. No había oído entrar al germano, y se volvió hacia él con los ojos aún desorbitados por el susto.

—¿Eh? farfulló.

—Te estaba preguntando cómo te han ido las cosas.

Moretti se tranquilizó un tanto.

—Perfectamente —dijo el italiano con una sonrisa de triunfo en sus labios—. La recuperación tisular es perfecta.

—¿Déjate de camelos y palabras raras! -gruñó Hans.

—Quiero decir que los dedos han vuelto a formarse de forma perfecta.

Un brillo de esperanza se encendió en los ojos del antiguo SS.

—¿Y cómo crees que lo han conseguido?

—No lo se. He oído hablar de un lugar llamado el Valle de los Leprosos y otro denominado la Puerta de la Luz. En un principio, creí que se trataba de una leyenda más...

Hans no dijo nada.

Estaba pensando en los datos que Otto le habla proporcionado a su regreso del campamento nómada

Todo aquello coincidía.

Pero no estaba dispuesto a ir a aquel lugar sin llevar consigo al médico italiano, al que necesitaba para que comprobará si, de la misma manera que habían vuelto a «nacer» los dedos del leproso, podía ocurrir lo mismo con su brazo.

—Ahora que he cumplido con lo que usted deseaba — dijo Mario —, desearía que permitiera que regresase a mi hospital.

—Ya veremos. Por el momento, eres mi invitado de honor. Puedes pedir lo que desees, menos salir de aquí.

—Pero...

—¡No hay nada más que hablar! Y te aseguro que no saldrás perdiendo. Si recupero mi brazo, te daré dinero suficiente para que puedas construir tu propio hospital.

* * *

Todavía boquiabierto, Lombass miró a aquellos hombres extraños que, en número de trece, proseguían su avance hacia el vehículo.

Doce de ellos eran de raza negra, los atuendos del antiguo Egipto que cubrían sus cuerpos, eran de color plateado.

El hombre que avanzaba ante ellos, de raza aparentemente blanca, iba vestido con algo que debía ser de oro.

Algo, en la presencia de aquellos extraños personajes cuya solemnidad era patente, tranquilizó a los dos europeos, y Claude bajó la mano que empuñaba el arma.

El hombre vestido de dorado avanzó un poco más que el resto de sus acompañantes, y alzando el brazo:

—Me llamo Sinuris, y vengo en vuestra ayuda — dijo.

Se expresaba en un inglés fluido, aunque con un acento extraño.

—¿Cómo sabía usted que nos encontrábamos aquí?

—Mis hombres, —dijo Sinuris haciendo un gesto hacia los negros — oyeron los disparos y fueron a informarme de que algo extraño estaba ocurriendo aquí

—¿De dónde proceden ustedes? —preguntó Claude

El hombre vestido de oro tardó unos instantes en contestar; antes de hacerlo, esbozó una sonrisa.

—Comprendo perfectamente que nuestros atuendos les extrañen. Pero eso no tiene ninguna importancia. En cuanto al lugar del que procedemos, es la Puerta de la Luz.

—Al otro lado del Valle de los Leprosos —sonrió Lombass.

—Ya veo que está usted enterado de muchas cosas, pero nunca nos hemos propuesto permanecer ocultos... es decir, lo hicimos en momentos terribles para la humanidad...

Alzó una de sus manos hacia el estrellado firmamento.

—...Pero ahora que se acerca el gran momento, carece de importancia que los hombres conozcan donde estamos.

Hizo un nuevo gesto esta vez hacia el vehículo. — Mis hombres poseen material suficiente como para arreglar su coche. Si lo permiten, podrán repararlo en poco tiempo.

—Se lo agradeceremos mucho —replicó Ivonne que no había hablado hasta entonces—. Pero quiero que sepa una cosa...

Sinuris, se volvió hacia ella, mirándola por vez primera.

Una luz extraña se encendió en las pupilas del hombre vestido a la vieja usanza de los faraones.

—¿Sí?

—La verdad — dijo la muchacha —, es que nuestro viaje tenía como propósito la visita a esa Puerta de la Luz.

—Eso es imposible, señorita, —dijo Sinuris sin dejar de sonreír.

—¿Es que se trata de un lugar sagrado o prohibido?

—Ambas cosas a la vez —repuso el egipcio—. Pero, no se preocupe: habrá bastante oro para todo el mundo.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir?

—Desde hace muchos años —repuso Sinuris—, desde cientos y hasta miles de años antes de que usted naciera, ha habido gente que llegó a Egipto con el único deseo de profanar las tumbas de nuestros reyes para apoderarse de los tesoros que se colocaban en ellas, para que nada les faltase en el último viaje.

«Posteriormente gente de su país y de otros del Norte han visitado esas tumbas con el único motivo de estudiar nuestra vieja civilización de casi 6.000 años.

»Sea como fuere, las riquezas enterradas junto a las momias de los faraones han ido desapareciendo, primero robadas por los profanadores... después llevadas a los principales museos del mundo.

Movió la cabeza de un lado para otro.

—Pero la tumba más importante —prosiguió diciendo— y que no pertenece a ningún faraón, es justamente el lugar conocido con el nombre de Puerta de la Luz.

Ivonne había dominado su cólera ya que al oír a hablar a aquel hombre de profanadores de tumbas, se sintió profundamente ofendida.

—A nosotros —repuso con un tono duro en la voz—, no nos interesa más que el aspecto científico de esas tumbas.

—Lo sé. Conozco lo que han adelantado ustedes en la interpretación de los viejos jeroglíficos; pero, de todos modos, nada saben ustedes de lo que aconteció en estas tierras, cuando las pirámides fueron construidas.

Intervino Claude que, como Ivonne, estaba en el límite de su paciencia.

Empezaba a sospechar que aquellos fantoches disfrazados debían haber escapado de algún manicomio, y mirando con fijeza al hombre vestido de oro, sonrió al tiempo que decía con una cierta sorna:

—Creo que se sorprendería usted, señor, si supiera hasta qué punto conocemos actualmente la antigua civilización egipcia.

Sinuris se encogió de hombros y haciendo un gesto hacia el Land Rover:

—¿Permiten que arreglemos su vehículo?

—¡Naturalmente!

Sinuris se volvió hacia los negros, dirigiéndose a ellos en un lenguaje extraño que ninguno de los dos europeos comprendió. Cuatro de aquellos hombres, sin nada en las manos se acercaron al motor, inclinándose sobre él.

Aprovechando que Sinuris se había acercado también a los que examinaban el motor, Claude musitó al oído de la muchacha:

—Estamos arreglados. Esto es peor que un manicomio.

—Ya me he dado cuenta. Ninguno de esos negros llevaba la menor herramienta.

Justo en aquel momento, Sinuris se acercó a ellos.

—Ya está.

Los dos europeos le miraron con asombro.

—¿Quiere usted decir que el coche está arreglado?

—Eso he dicho.

Claude penetró en el coche, poniéndolo en marcha. El motor ronroneaba perfectamente.

—Es fantástico —dijo al egipcio que estaba junto a la portezuela abierta.

—Ya pueden regresar a su campamento. De todos modos — agregó sacando algo de una especie de bolsa que colgaba de su cintura —, deseo hacerle este pequeño obsequio. No abra el cilindro hasta que no haya llegado al campamento.

—Así lo haré... y muchas gracias por todo, señor.

Sinuris le miró con fijeza.

—Y ahora un consejo: espere tres semanas antes de dirigirse a la Puerta de la Luz. Si lo intentase antes, sólo conseguiría que la desgracia se abatiera sobre usted y sus acompañantes. ¿Entendido?

—De acuerdo. ¡Vamos, Ivonne!

Hizo girar el Land Rover y, apretando el acelerador, se alejó sin

mirar ni una sola vez hacia atrás.

* * *

—Saldremos está noche.

Otto Funker asintió velozmente con la cabeza.

_ Yo tengo ganas de ver el color del oro v el brillo de las piedras preciosas que encontraremos en esta tumba.

—Igual me ocurre a mí —terció Ludwig.

—Habrá suficiente para los tres — gruñó Hans—. Pero no vamos a seguir las instrucciones de los nómadas, como tampoco atravesaremos el Valle de los Leprosos.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí?

Von Kramer sonrió.

—He estudiado detenidamente el mapa con ayuda del doctor Moretti. Si damos un gran rodeo por el desierto, alcanzaremos la Puerta de la Luz, llegando a ella por el Sur.

Otto le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es que desconfía usted de los nómadas?

—¡Naturalmente! Si fueras menos bruto, comprenderías que al saber que en esa tumba hay un fabuloso tesoro, esos piojosos nómadas hubieran intentado ya apoderarse de él.

—¿Y si nos hubieran pedido las armas para intentarlo?

—También lo he pensado, pero no temo nada. Aquí, amigos míos, hay gato encerrado. Lo que quiere decir que en el Valle de los Leprosos o en cualquier parte de él, existe una trampa lo bastante grande como para impedir que los árabes lleguen a la Puerta de la Luz.

Esbozó una sonrisa de triunfo.

—Precisamente por eso, vamos a dar un gran rodeo y evitar cualquier tipo de artimaña. No he hecho en balde una guerra ni pertenecido a la SS, para que unos estúpidos indígenas me la den con queso.

Fue en aquel momento cuando alguien llamó a la puerta de la habitación en la que los tres hombres se hallaban reunidos.

Otto fue a abrir, regresando luego junto a los otros dos.

—El profesor desea verle, jefe.

Hans asintió con la cabeza.

—Está bien. Esperad aquí. Regresaré en seguida.

Tras recorrer el largo pasillo, desembocó en el rellano de la primera planta, ascendiendo luego por el rellano de la escalera, de preciosa madera exótica que conducía directamente a las habitaciones de Von Ostenden.

Hans llamó a la maciza puerta y habiendo recibido permiso para entrar penetró en el amplio despacho del profesor, pero al ver al italiano sentado cómodamente en uno de los sillones, se puso mortalmente pálido.

—Pase y tome asiento, Hans —le dijo el profesor.

Von Kramer obedeció.

No se atrevió a mirar a Moretti, esperando que Von Ostenden rompiera el penoso silencio que pesaba sobre la estancia.

—¿Por qué me ha ocultado usted su proyecto? —inquirió Karl.

—No lo entiendo, señor.

Una divertida sonrisa se dibujó en la boca de Von Ostenden.

—Para ser un antiguo SS, no está usted a la altura de las circunstancias, mi querido Hans. Sepa usted que mucho antes de que viniésemos a vivir a esta casa, exigí de las autoridades egipcias que colocasen micrófonos ocultos en todas las habitaciones.

A Hans le pareció que algo helado le recorría la espalda.

—Todas las conversaciones —prosiguió diciendo el profesor—, han sido grabadas durante mi ausencia. Y de ese modo he podido enterarme de sus magníficos planes y de la manera poco honesta con que quiere usted apoderarse del tesoro de esa tumba egipcia.

Hizo una corta pausa.

—Por eso, al enterarme de todo, envié a mi hija en busca del doctor Moretti, con el que acabo de mantener una interesante conversación.

Hans se consideró irremisiblemente perdido.

No podía olvidar que fue gracias al profesor Von Ostenden que pudo abandonar Alemania, justo cuando un comando de ejecutores judíos le andaba a la zaga, dispuesto a capturarle para llevárselo a Tel Aviv.

—Pensaba comunicárselo, señor profesor.

Karl se encogió de hombros.

—No es necesario que me mienta, Hans. No soy tan

desagradecido como usted piensa. Durante todo este tiempo, ha sido usted un fiel servidor, un excelente perro guardián que ha impedido que los israelitas viniesen a meter sus narices aquí. Además, gracias al doctor, sé que es posible que recupere usted el brazo que perdió tan honrosamente combatiendo contra los bolcheviques.

—Gracias, señor.

Hans no se hacía ilusiones. Tenía que rendirse a la evidencia: lo que perseguía Von Ostenden era, sencillamente, el tesoro de la tumba.

Los sueños de Hans se hubieran evaporado por completo, de no haber pensado en la posibilidad de recuperar su brazo.

«De todas las maneras —pensó —, todavía no ha terminado la partida, mi querido profesor. Reirá mejor quien ría el último».

—Nada va a cambiar en sus planes, — siguió diciendo el profesor —. Saldremos esta noche, siguiendo el inteligente itinerario que usted ha escogido. La única diferencia será que tendrá que obedecer ciegamente mis órdenes.

CAPITULO VI

La expectación producida por el regreso de Claude e Ivonne, despertó al mismo tiempo la curiosidad de todos los miembros del campamento.

Reunidos alrededor de la mesa en el interior de la gran tienda de campaña que servía para las grandes ocasiones, escucharon atentamente el relato que Lombass les hizo.

Pero, cuando describió al grupo de hombres que les habían sacado del aprieto en el que se encontraban, algunas sonrisas florecieron en los labios de los presentes, siendo naturalmente la más irónica la del profesor O'Brien.

—¡Menuda mascarada! —exclamó Patrick —. ¿Están ustedes seguros de que no estaban rodando una película por aquellos andurriales.

—Es muy posible, señor —repuso Claude muy seria—, De todos modos, antes de llegar a ninguna conclusión, esperemos que Maroc haya terminado con la interpretación del papiro que me regaló el hombre vestido de oro.

Iba a agregar algo el irónico profesor, cuando Lewis penetró en la tienda, llevando en la mano un cuaderno en el que debía haber anotado la traducción del papiro.

—¿Y bien? —inquirió O'Brien con la misma sonrisa de incredulidad de siempre.

Lewis tardó unos instantes en empezar a hablar.

—¿No lo tome usted a broma profesor. Ni se asombre... porque lo que voy a comunicarle es algo que se sale de lo común.

—¡Adelante! ¡Hable!

Los símbolos del papiro son, cono los que encontramos en el ánfora, de la sexta dinastía Pero lo más extraordinario del caso lo constituye un anexo que se encuentra al final del jeroglífico. Se trata de dos dibujos que me han llamado poderosamente la atención: el primero representa las tres pirámides que todo el mundo conoce, rodeadas por soles...

El profesor movió la cabeza al tiempo que sonreía,

—Sin ser un criptólogo como usted, Maroc, conozco perfectamente la significación de esos soles: son símbolos de divinidades que en ese caso, vienen a ayudar a la liberación del faraón muerto y enterrado en la pirámide.

Lewis hizo un gesto de denegación.

—Lamento llevarle la contraria, profesor. Es cierto que un sol sobre una pirámide puede representar una presencia divina que viene en busca del alma del difunto. Pero he contado por lo menos diez soles alrededor de cada una de las tres pirámides.

—¡Simple exageración poética!

—Lo dudo — insistió Maroc—. Pero hablemos del último dibujo o ideograma si usted prefiere denominarlo así. Representa un sector del cielo y sobre uno de los astros, se ve una pirámide.

—Lo que le estaba diciendo antes —sonrió el profesor—. Usted sabe, tan bien como yo, el profundo sentido imaginativo que los antiguos egipcios poseían, especialmente en lo que se refería a sus muertos.

—La idea de un cielo, como última morada del alma de los muertos se encuentra en casi la totalidad de las creencias religiosas. No puede estar más claro, amigo mío. Esa pirámide sobre una estrella, significa sencillamente que el alma del difunto ha llegado a su celestial destino.

Lewis sonrió.

—Todo lo que usted acaba de decir, profesor, es la pura verdad. No obstante, permita que insista. No veo nada poético ni religioso en este último dibujo, ya que una serie de líneas señalan la posición exacta de una determinada estrella.

La sonrisa se amplió en los labios de O'Brien.

—Todos sabemos que los conocimientos astronómicos de los egipcios estaban bastante adelantados; pero dudo mucho que esa estrella no señale alguno de los planetas que por entonces se conocían.

—Se equivoca usted, profesor. La estrella que marca el ideograma está situada, sin duda alguna, fuera de nuestro sistema solar.

—Me hace usted gracia, Maroc. Pienso que si se hubiera dedicado a escribir novelas de ciencia Ficción, se habría hecho famoso.

Continuó la conversación durante largo rato, hasta que el profesor regresó a su tienda de campaña, permitiendo a los demás

hablar con mayor libertad.

Estaban seguros de que los descubrimientos de Lewis eran de la mayor importancia, pero no acertaban a interpretar aquellos dos últimos dibujos de una manera satisfactoria.

* * *

La expedición, formada por seis vehículos, abandonó el Bunker a la calda de la tarde.

El profesor Von Ostenden había telefoneado a El Cairo, comunicando a las autoridades egipcias que se encontraba un poco enfermo y que deseaba tomarse unos di as de descanso

No dejó en la mansión más que uno de los guardas, con el encargo de contestar al teléfono, diciendo que se encontraba en La cama y que la fiebre le impedía responder.

El resto de los hombres, al mando de Hans, formaban parte de aquella expedición que avanzó velozmente hacia el sur, mientras el cielo se iba tiñendo de malva y el sol se ocultaba, semicírculo anaranjado, en la lejana línea del horizonte.

En el primero de los vehículos que conducía Otto Funker, iban el profesor, su ayudante Adolf y Erika.

Desde que se había enterado del descubrimiento que su padre había hecho, gracias a la instalación de micrófonos ocultos. Erika, dejando galopar su imaginación, soñaba ya con las fabulosas riquezas que le permitirían llevar una vida principesca en cualquier lugar del mundo, que no fuera Alemania.

A pesar de que las ganancias de su padre le habían permitido convertirse en la hija de un hombre rico, su ambición desmedida no se mostraba por eso satisfecha.

Había olvidado demasiado rápidamente la existencia de pequeña burguesa que llevó en Alemania, cuando el profesor ganaba un sueldo nada malo, pero insuficiente para satisfacer las caprichosas exigencias de Erika.

Ahora, todo sería distinto.

Junto a ella, Adolf Wanessann se dejaba igualmente llevar por ideas de grandeza. Pero él no había olvidado las estrecheces pasadas en su país natal, hasta que tuvo la fortuna de ser elegido por Von

Ostenden para que le acompañase a Egipto.

Los sueños de Karl eran muy distintos.

Fanático nazi, siendo demasiado joven cuando los grandes profesores alemanes fueron «raptados» por americanos y soviéticos, tuvo que permanecer en una Alemania en ruinas y dividida, cuando pensaba haber acompañado a alguno de aquellos grupos, cobrando la fama que, por ejemplo, había conseguido Von Braun en los Estados Unidos de América.

La ocasión que había esperado tanto tiempo estaba a punto de ponerse al alcance de su mano.

Con el dinero que conseguiría con la venta del tesoro de la tumba, pensaba instalar un laboratorio de misiles en algún país de América del Sur donde, apoyado por el gobierno alcanzaría la fama que tan ansiosamente deseaba.

Hans von Kramer, sentado en la parte trasera del segundo vehículo, junto al médico italiano, seguía obsesionado con su brazo.

—Una vez más, doctor Moretti. ¿Está usted convencido de lo que vio por el microscopio?

—Completamente.

—Entonces, ¿puedo albergar alguna confianza?

—Seguro. Piense usted, señor Kramer, que los dedos del leproso habían desaparecido de la misma forma que su brazo le fue amputado. Pero puedo decirle aún más: su muñón está formado por tejidos vivos, mientras que los muñones de ese pobre enfermo no contenían más que células muertas, destrozadas por el bacilo de Hansen.

—¿Qué es eso?

—El microbio responsable de la lepra.

—¡ Ah!

—Lo que sigo sin explicarme, amigo mío, es cómo se consiguió una regeneración tan portentosa.

Hans sonrió, complacido.

—Eso lo veremos en cuanto lleguemos.

—Puede usted creerme. Estoy mucho más impaciente que usted.

—No lo creo.

La actitud del médico italiano había cambiado por completo.

Hasta se alegraba ahora de haber sido capturado por los alemanes, ya que así tenía la oportunidad única, de penetrar en

aquel lugar misterioso al que todos llamaban la Puerta de la Luz.

Ningún interés tenía para él el tesoro que la tumba egipcia podría ocultar; lo que le quemaba de curiosidad era descubrir la manera con que la regeneración de los dedos del leproso se había llevado a efecto.

Si conseguía conocer el misterio, podría convertirse en el médico más famoso del mundo, lo que demostraba que incluso una persona como Mario Moretti albergaba también una inevitable ambición.

* * *

Lentamente, con paso mesurado, Sinuris descendió a la cámara inferior que una luz difusa, azulada, iluminaba.

La amplia frente del egipcio estaba surcada de arrugas.

Era como si una extraña premonición le asaltara; aunque pensaba que, después de todo, los augurios no podían equivocarse.

Nunca lo habían hecho.

Ni desde la explosión de los mil soles cuando los hombres que ahora poblaban la tierra vivían como animales, escondidos en grutas y cavernas, con el cuerpo cubierto por las pieles de los animales que mataban para su sustento.

Luego, el tiempo había transcurrido y los pueblos del norte, cada vez más poderosos, habían llegado hasta Egipto, dando a las pirámides la falsa interpretación que los mismísimos faraones les habían concedido.

Cuando terminó de bajar por la escalera, contempló a los diez muchachos y diez muchachas que, como de costumbre, estaban leyendo los viejos papiros en los que habían aprendido el profundo sentido del destino que les esperaba.

Deteniéndose un instante, Sinuris pensó en las innúmeras generaciones que habían precedido a aquélla que ahora tenía ante sus ojos, como también precedieron a la suya propia.

6.000 años habían pasado.

Como aquellos muchachos, también él había estudiado, esperando ser el elegido para penetrar en la cuarta pirámide; pero el momento no había llegado hasta ahora, y aunque los ojos del hombre no cambiaron de brillo sintió en la intimidad de su ser un

poquitín de envidia hacia aquellos que iban a tener la suerte que tantas generaciones habían esperado inútilmente.

Los contempló durante un largo rato, sin despegar los labios; luego, con el ceño fruncido, giró sobre sí mismo, empezando a subir los escalones con el mismo lento y pausado paso con que los había bajado.

Sólo cuando penetró en la gran cámara, se dirigió a uno de los guerreros negros mirándole fijamente al rostro

—Ven conmigo, Aburis —le dijo—. Tengo que encomendarte una misión importante.

* * *

Los vehículos se habían detenido en pleno desierto.

Bajando del suyo, el profesor Von Ostenden se dirigió al Land Rover en el que viajaban Hans y el médico.

—Vengan un momento —les dijo.

Se apartó de la hilera de vehículos, esperando que los dos hombres se acercasen a él, y cuando ambos se detuvieron a su lado:

—Según mis cálculos, nos encontramos a unos dos kilómetros al sur de la Puerta de la Luz. Como ignoramos si alguien puede andar por allá, quiero que ustedes dos realicen una primera exploración.

Hans asintió con la cabeza.

—¿No sería mejor, señor, que nos acompañaran un par de hombres armados?

Karl le fulminó con la mirada.

—No estamos en Polonia ni en Rusia, Von Kramer. Sólo deseo que echen ustedes una ojeada a ese lugar y regresen inmediatamente para informarme de lo que hayan visto. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—¡Pues... andando!

Hans y Mario empezaron a andar, bajo el cielo profusamente estrellado. No cambiaron una sola palabra durante el largo camino, rompiendo únicamente el silencio cuando, de repente, vieron ante ellos una colina de forma cónica.

—Parece una pirámide —dijo el médico.

Hans lanzó un gruñido por respuesta.

Estaba pensando, desde que dejaron los vehículos, que la suerte parecía haberse puesto de su lado.

El que el médico italiano le acompañara, le llenaba de gozo, aumentando su seguridad, ya que Moretti era la única persona capaz de entender lo que se tendría que hacer para que el brazo mutilado volviera a crecer.

Y si tal cosa acontecía, ¿para qué regresar junto al profesor y los otros?

Si tenía la suerte de encontrar algún vehículo en aquel lugar, Hans estaba dispuesto a cargar con todo lo que pudiera del tesoro de la tumba, huyendo hacia el norte hasta ponerse fuera del alcance de las manos del enfurecido Von Ostenden.

No estaba dispuesto a perdonarle la trampa de los «micrófonos ocultos», y se maldecía retrospectivamente por no haberse dado cuenta antes de aquel sucio truco.

Rodearon lentamente la alta colina cónica, caminando en completo silencio.

De repente, al llegar al lado norte, apercibieron una claridad azulada que escapaba de una gran entrada que había en la base de la colina.

—¡La Puerta de la Luz! —exclamó el italiano.

—¡Cierra el pico, matasanos! Vamos a acercarnos un poco más.

Así lo hicieron.

El último tramo, lo recorrieron arrastrándose, como fascinados por aquella luminosidad azulada que parecía brotar de las entrañas de la tierra.

Entonces vieron a los dos centinelas negros.

Tanto Hans como el médico abrieron desmesuradamente los ojos; pero fue Mario quién no pudo evitar el lanzar una exclamación de sorpresa.

—«*Per la Madonna*»! Van vestidos como los antiguos egipcios.

—Eso me importa un bledo —dijo el germano—. Si en vez de ir acompañado por un debilucho como tú, llevara a mi lado a uno de mis hombres, degollaríamos a esos dos negros en un abrir y cerrar de ojos.

Escupió rabiosamente en el suelo.

Su plan había fracasado.

El solo no podía encargarse de aquellos dos hercúleos sudaneses, y menos aún con un solo brazo.

—Voy a regresar en busca de ayuda —dijo—, Pero no se te ocurra moverte de aquí.

—No tema.

Moretti esperó un buen rato hasta estar seguro de que el germano se habla alejado lo suficiente.

Luego, con paso decidido se dirigió hacia la Puerta de la Luz, alzando ambos brazos en son de paz.

CAPITULO VII

—¿Estás dispuesto, Claude?

Lombass asintió con la cabeza.

—Claro que sí, Ivonne. Ya has oído a los demás. Están tan interesados como nosotros en descubrir el secreto de la cuarta pirámide, pero ni uno de ellos moverá un dedo sin permiso del profesor.

—Ya lo he visto.

—Yo no voy a esperar a que se decidan. Después de lo que ha traducido Lewis, del papiro que nos regaló el hombre vestido de oro, ya no me cabe la menor duda de que nos espera un descubrimiento extraordinario.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Volvieron a subir al mismo Land Rover, pero está vez no se dirigieron hacia el Valle de los Leprosos, evitando así que volviera a ocurrirles algún desdichado incidente.

Dando un gran rodeo por el Norte, evitaron atravesar el territorio de las tribus nómadas y dejando el Valle de los Leprosos a la izquierda, empezaron a atravesar valientemente la zona desértica que les separaba de la Puerta de la Luz.

Debido al gran rodeo que había dado, tuvieron que detenerse, al hacerse de noche, en un minúsculo oasis.

Mientras Claude encendía un pequeño fuego, Ivonne abrió unas latas de conserva para preparar la cena.

Sentados junto al vehículo comieron en silencio, ambos ensimismados. Cuando después de cenar, la muchacha preparó un poco de café y hubieron encendido sendos cigarrillos, Ivonne rompió el silencio:

— ¿Has olvidado lo que el hombre vestido de oro nos dijo?

—¿Te refieres a que debíamos esperar tres semanas?

Ya han pasado ocho días, pero no creo que tenga mucha importancia ese plazo.

Hubo un corto silencio; luego Claude:

—Hay muchas cosas que deseo esclarecer —dijo—. Empezando por aquel misterioso arreglo de nuestro coche, pasando luego por el

atuendo que llevaban y, más importante aún, la exacta significación del papiro que nos entregó.

—Hay algo terriblemente extraño en ese hombre...

—Todo es extraño en este asunto Parece evidente que se trata de alguien que intenta mantener el secreto de un lugar sagrado. Lo que no comprendo es la necesidad de vestirse de esa manera.

—Quizá forme parte de algún ritual.

—Es posible —dijo Lombass ahogando un bostezo.

—También yo tengo sueño —dijo ella.

—No podemos dormir los dos al mismo tiempo. Sería necesario montar una pequeña guardia.

—Yo haré el primer tumo — decidió la muchacha — Échate a dormir dentro del Land Rover. Dentro de tres horas, te despertaré.

Sentada junto a la hoguera que iba apagándose lentamente, Ivonne pasó aquellas tres horas pensando en todas las cosas extraordinarias que le habían ocurrido desde su llegada a Egipto.

Sonrió al pensar que Claude, por el que sentía un gran afecto, no se habla atrevido nunca a decirle nada, aunque ella leyera en sus ojos unos sentimientos que habían nacido poco después de conocerse.

Pero como le ocurría a Ivonne, con idéntica pasión que ella, Claude, se sentía atraído hacia el formidable problema que había surgido con la traducción de los dos papiros.

Se percató de que era la hora de despertar a Lombass, y lo hizo, tendiéndose a su vez en el interior del vehículo.

Claude fue incapaz de sentarse empezando a pasear dando vueltas alrededor del minúsculo campamento. Sin darse cuenta, dio una patada a una de las latas de carne que no habían vaciado del todo, prosiguiendo luego su camino, presa de sentimientos contradictorios.

En contra de lo que él imaginaba, Ivonne no pudo conciliar el sueño. Un extraño presentimiento se había apoderado de ella, y se movió inquieta, sobre la colchoneta del asiento del coche, intentando escapar vanamente a aquella especie de angustia obsesiva que no se separaba de ella.

Era como si algo inevitable fuera a ocurrir, de un momento a otro.

Estuvo a punto, un par de veces, de levantarse para reunirse con

su compañero; pero, percatándose de que iba a cometer una tontería y de que era estúpido dejarse llevar por un presentimiento, cerró los ojos, dispuesta a encontrar el sueño, fuera como fuese.

Fue entonces, cuando apenas traspuesta, oyó un alucinante grito de dolor que le atravesó los tímpanos.

Echando mano al fusil de repetición —esta vez llevaban armas en abundancia —, se precipitó al exterior, a tiempo de ver que Claude balanceándose como un hombre ebrio, se desplomaba ante ella en medio de un charco de sangre.

* * *

Los dos gigantescos negros convergieron hacia el doctor, que se había detenido ante la Puerta de la Luz.

Uno de ellos le dirigió una pregunta en un lengua que Moretti no conocía; pero, el médico, que se había tranquilizado bastante sonrió al tiempo que decía:

—Deseo ver a vuestro jefe

Los dos negros se miraron, y uno de ellos asintió con la cabeza haciendo un gesto al italiano para que le siguiera.

Mario podía apenas contener su emoción.

Pero cuando atravesó el umbral de la Puerta de la Luz, abrió desmesuradamente los ojos al ver ante él, en una sala subterránea de colosales dimensiones, una enorme pirámide de color plateado que le dejó boquiabierto.

Se volvió el negro hacia él, instándole de nuevo para que le siguiese, y así bajaron juntos por una escalera de caracol, cuyos escalones de piedra hablan sido desgastados y horadados por la acción del tiempo.

Usa vez en la parte baja de la gran sala, el negro se dirigió hacia una gran puerta, recubierta por lo que parecía ser una espesa plancha de oro, con inscripciones de jeroglíficos egipcios sobre su amplia superficie.

Profundamente impresionado. Moretti penetró en una sala, algo así como un despacho-biblioteca, cuyas paredes estaban cubiertas de estantes que contenían infinidad de papiros, aunque se veía también

gran número de libros en algunos estantes.Un hombre alto, vuelto de espaldas, que llevaba una larga capa blanca que le llegaba hasta los pies, se volvió al oír entrar al italiano. Moretti se impresionó profundamente al ver el rostro noble de aquel hombre, con sus vestiduras del antiguo Egipto, todas ellas, desde la cinta que le cubría la frente hasta las sandalias de color dorado.

El italiano, ante la mirada serena del hombre, no sabía qué actitud tomar y, finalmente, con un hilo de voz, acertó a decir:

—Soy el doctor Mario Moretti.

—Yo me llamo Sinuris —dijo el hombre —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Soy médico de la leprosería de la costa. He tenido ocasión de ver a uno de mis pacientes que había pasado por aquí y que recuperó los dedos que la enfermedad destruyó.

El hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—No sé de quién hablas, porque son muchos los que han pasado por aquí y han sido curados.

—¿Cómo lo consigue... usted? —inquirió el italiano que no se atrevió a tutear al imponente personaje que tenía frente a él.

—No poseo ningún poder... Sólo la túnica mágica puede curar y regenerar.

—¿La túnica mágica? ¿Qué es eso?

El hombre avanzó hacia Mario.

—Sígueme.

Salieron de la estancia, y mientras se dirigían hacia la gran pirámide plateada:

—Tú eres un hombre de ciencia —dijo Sinuris—, y quizá puedas explicar un misterio que jamás hemos conseguido descubrir.

Penetraron en la pirámide, subiendo a ella por una pequeña rampa, atravesando luego una estancia completamente esférica, en cuyo centro había una especie de sitial ocupado por lo que al italiano le pareció un muñeco vestido de plata.

Pero apenas subió acompañado por el hombre por la rampa en caracol que conducía al sitial, cuando lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Un traje espacial!

Se acercó más, comprobando que el traje en cuestión estaba hueco así como la gran escafandra de color negro con la máscara

traslúcida en su parte anterior.

—¿Cómo llegó esto hasta aquí?

—Sólo conocemos lo que dicen los papiros de lo que ocurrió en la época de los mil soles.

Moretti le escuchaba apenas Miraba al curioso traje espacial con una atención reconcentrada.

—¿Y dices que esta túnica cura la lepra? —inquirió atreviéndose a tutear a Sinuris.

Así es. De vez en cuando como ordenan los papiros, hacemos venir a algún que otro leproso que se mete en el interior de esa túnica. Le basta permanecer unos pocos minutos en ella para salir completamente curado.

—¡Es fabuloso! No sabes lo que me gustaría que me dejaras llevar esta túnica hasta mi hospital.

Sinuris esbozó una sonrisa.

—Tuya es si...

El italiano no escuchó el resto.

Se abalanzó como una fiera hambrienta hacia el codiciado traje espacial.

* * *

Ivonne se quedó petrificada.

—¡Claude! -exclamó corriendo hacia el joven

Haciendo un poderoso esfuerzo, Lombass consiguió ponerse de rodillas al tiempo que extendía hacia la muchacha un brazo casi completamente destrozado.

—Pero, ¿qué te ha ocurrido?

—Ha sido una hiena. Di una patada a una de las latas de carne, y la bestia después de devorar lo que había dentro, se me echó encima, atacándome por la espalda.

—Espera, no te muevas.

Ivonne penetró velozmente en el coche, apoderándose del maletín que contenía los medicamentos de urgencia y un reducido, pero eficaz instrumental quirúrgico.

Poco después, arrodillada junto a Claude, limpió las heridas, comprobando con horror... que los afilados colmillos de la hiena

hablan fracturado los dos huesos del antebrazo izquierdo.

—Tendremos que regresar, Claude.

El denegó enérgicamente con la cabeza.

—Espolvoréame las heridas con antibióticos y ponme un suero antitetánico. No podemos regresar ahora, Ivonne. En este estado, el profesor no me permitiría volver a salir del campamento.

—Voy a darte un calmante. Conduciré yo, y cuando lleguemos a ese lugar, te arreglare lo de las fracturas. Voy a conducir sin descanso lo que queda de noche.

Instantes más tarde, tras haber ordenado a Claude que se echase en la parte posterior del vehículo, Ivonne apretaba el acelerador a fondo.

* * *

Los coches del grupo alemán se fueron acercando lentamente a la colina cónica.

Al informar a Von Ostenden de la existencia de centinelas negros, el profesor juzgó conveniente encargar al antiguo SS de la operación que iba a consistir en penetrar por la fuerza, en la Puerta de la Luz.

—No vamos a perder ni un solo minuto una vez que estemos dentro -explicó el profesor a su ayudante—. Nos limitaremos a cargar con todo lo que de valor encontremos.

—¿Y si hallamos resistencia?

—Esa bestia de Hans se encargará de abrirnos camino. Lo importante es llegar a la costa cuanto antes, fletar allí una nave de pequeño tonelaje y largarnos con viento fresco de este país

Detuvieron los coches al llegar junto a la colina. A la cabeza de sus hombres, armados hasta los dientes, Hans von Kramer se dirigió hacia el lugar en don de suponía le estaba esperando el doctor Moretti.

* * *

En cuanto las manos del médico se posaron en el traje espacial, un intolerable calambre le recorrió el cuerpo, lanzándole hacia atrás

como si acabase de empuñar un cable de alta tensión.

Sonriente. Sinuris le tendió la mano para ayudarle a incorporarse.

—Nadie que no este enfermo puede acercarse a la túnica mágica — explicó el egipcio—. No eres tú el primero que intenta llevársela, pero nadie lo ha conseguido jamás.

Fue en aquel momento cuando un negro se acercó corriendo hacia ellos. Habló con el hombre vestido de oro en aquel extraño lenguaje que Moretti no comprendía y al que Sinuris contesto con unas breves palabras.

El sudanés volvió a alejarse a gran velocidad.

—Vas a tener la oportunidad de ver cómo cura la túnica mágica —dijo al italiano.

—¿De veras?

—Sí. Un hombre de tu raza acaba de llegar, acompañado por una mujer. Aquí llegan.

En efecto, Claude e Ivonne a los que acompañaba una pareja de negros subían en aquel momento la rampa de caracol que conducía al sitial.

—¡Doctor Moretti! —exclamó la joven al ver al italiano.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Estábamos acampados, cuando una hiena atacó al señor Lombass. Nos dirigíamos hacia aquí.

Sinuris alzó la diestra reclamando silencio.

—Acérquese a la túnica —dijo a Claude—. En cuanto la roce se abrirá por la mitad y podrá usted penetrar en ella.

Así lo hizo Lombass, volviéndose a cerrar el traje espacial, ocultándolo por completo a la vista de los otros.

—¿Se da usted cuenta, señorita? —inquirió el médico.

—Esto es mucho más hermoso de lo que había imaginado — repuso Ivonne. Es fantástica esta pirámide plateada.

—¿Qué me dice del traje espacial? ¿Sabe usted el dinero que pagarían por una maravilla semejante?

—Yo pienso más en el bien que un objeto así podría hacer a los enfermos incurables —dijo Ivonne con mucha seriedad.

Fue entonces cuando el médico italiano se llevó la mano a la barbita blanca, mesándosela con visible nerviosismo.

—¡DiabIos! ¡Lo habla olvidado!

—¿El qué?

—¡Los alemanes! ¡Se disponen a atacar este lugar!

—¿De qué alemanes habla usted?

Moretti le explicó en pocas palabras lo que le habla acontecido desde que se encontró con Hans von Kramer.

—Tenemos que escapar de aquí, señorita. Esos individuos son muy peligrosos y vienen con la intención de apoderarse de todas las riquezas que existen aquí.

—Las riquezas significan la muerte —dijo la voz tranquila de Sinuris—. Los papiros dicen la verdad. Llegaréis a una tierra de maldad y repartiréis el bien a manos llenas. Pero nadie os agradecerá nada, y la maldad vendrá a buscar las riquezas que ansia.

Miró fijamente a la muchacha.

—Ahora, cuando la túnica mágica vuelva a abrirse, ustedes tres escaparan de aquí por un pasadizo secreto...

Justamente en aquel momento, se abrió el traje espacial, saliendo Claude que miraba, sin dar crédito a sus ojos, su brazo que había adoptado su forma y consistencia normales.

—Es prodigioso —dijo.

Pero Ivonne se acercó a él, explicándole lo que el doctor Moretti acababa de exponerle, así como las palabras que había pronunciado el egipcio.

Claude miro a Sinuris.

—Tenemos armas en el coche, señor. Armas suficientes para algunos de sus hombres. Podemos defender perfectamente este lugar.

Una misteriosa sonrisa se pintó en los labios del hombre vestido de oro.

—Mi muerte está llegando. Sólo necesito el tiempo necesario para poder enviar a los elegidos al lugar donde les llevará la pirámide de plata.

—Entonces, ¿está pirámide es un navío espacial?

—No conozco ese nombre —dijo Sinuris —. Sólo sé que la cuarta pirámide llegó a este mundo antes de que las otras tres fueran construidas.

—Pero, ¡eso es imposible! —Aunque... no había nadie, en el Egipto de aquella época, capaz de construir algo como estaba...

—Tampoco había nadie capaz de construir las otras tres pirámides, señorita —dijo el egipcio.

—¿Eh?

—Hubo un tiempo, —explicó Sinuris— en que la pirámide de plata cayó del cielo.

»En aquellos tristes días, las gentes que poblaban estas tierras estaban siendo sometidas al fuego de los mil soles: extraños globos de fuego que llevaban la muerte en sus entrañas y que hacían que la piel de los hombres cayese de los cuerpos como hojas caducas.

—Debe referirse a bombas atómicas —dijo Claude.

Pero Sinuris no escuchaba.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza levantada, mirando hacia la parte más alta del interior de la pirámide de plata.

—Los que llegaron eran buenos y traían con ellos medios poderosos, como esta túnica mágica.

«Para evitar que la muerte se extendiera por todo el país que seguía recibiendo los globos de fuego que venían del Norte, los que llegaron construyeron tres grandes pirámides que albergaron a los más débiles, a los niños, a las mujeres... y a los ancianos.

«Veinte mil pobres criaturas habían sido quemadas por los soles, y todas ellas vinieron a la cuarta pirámide donde fueron curadas, penetrando como ha hecho este hombre en la túnica mágica.

«Pero los que vinieron cayeron igualmente enfermos y encontrándose lejos de la cuarta pirámide, perecieron sin poder gozar de las maravillas que habían traído de más allá del cielo.

«Sólo cuatro parejas quedaron aquí, cuatro hombres y cuatro mujeres, todos ellos demasiado jóvenes para poner en marcha a la cuarta pirámide...

Miró a los demás y esbozando una triste sonrisa:

—Yo soy el último descendiente adulto de aquella gente.

Cerró la túnica haciendo que desapareciera el brillante traje dorado que había bajo ella.

—Mis descendientes van a entrar dentro de unos instantes en la pirámide de plata. Los que vinieron trajeron libros con ellos, pero también aprendieron, en aquel remoto pasado, a entender el lenguaje y la escritura de los que ustedes llaman antiguos egipcios.

—Entonces —inquirió el médico—, ¿no han salido ustedes de aquí desde entonces?

Así es. Los que vinieron y sus descendientes, nosotros, hemos permanecido en la cuarta pirámide desde hace cuatro mil años.

—¿Y como han podido alimentarse en todo este tiempo? —

preguntó Ivonne.

—Los que vinieron trajeron máquinas que no han cesado de producir alimentos con un mecanismo de transmutación. La Puerta de la Luz ha permanecido cerrada hasta que los papiros ordenaron que se abriera. Por eso nadie ha podido descubrirnos... hasta ahora.

—¿Y por qué no han continuado ocultos?

Sinuris entornó de nuevo los ojos.

—Fue culpa mía. Cuando me enteré de que había pobres leprosos en el valle, creí que mi deber era ayudarles. Por eso abrí la Puerta de la Luz.

CAPITULO VIII

—No queda mucho tiempo —siguió diciendo Sinuris—. Vengan conmigo.

Les condujo primeramente al despacho-biblioteca.

Al ver la inmensa cantidad de papiros que allí había, Ivonne y Claude se quedaron boquiabiertos y, mirándose, pensaron en lo mismo: En lo maravilloso que sería entregar a los sabios del mundo aquel inestimable tesoro.

—No puede ser —dijo Sinuris como si hubiese leído en sus pensamientos—. La situación sólo puede entregarse a aquellos que sabrán utilizarla para el bien. Desgraciadamente, los hombres no están preparados aún para recibir las Enseñanzas Supremas.

Sonrió.

—De todos modos, voy a entregarles un papiro que es un obsequio personal —y tendió la mano hacia una de las estanterías, dando un grueso rollo a Claude—. Y para usted, señorita, otro pequeño obsequio... un doble obsequio.

Tendió la mano, poniendo en la de la muchacha una minúscula bolsa de fina piel. Ilusionada, Ivonne abrió la bolsa, sacando de su interior dos preciosos anillos de oro que llevaban, engarzado en su parte anterior un grueso diamante.

—¿Por qué dos? inquirió mirando al egipcio.

Y aunque Sinuris no contestó, la mirada del hombre fue lo suficientemente elocuente como para que las mejillas de la muchacha se arrebolasen.

—Gracias —dijo conmovida.

Vamos instó Sinuris.

Les condujo hasta el lado opuesto de la gran sala, mostrándoles la entrada de un estrecho pasadizo.

—Sigan este túnel —les dijo—, pero háganlo lo más aprisa posible. Al final, cuando hayan salido de la colina, encontrarán su vehículo que mis servidores negros han llevado allí.

Y extendiendo ambos brazos, exclamó:

—¡Qué los dioses les acompañen!

—Un momento —dijo Claude—. Desearía hacerle una pregunta.

—Diga.

Antes de separarnos, querría saber cómo aquel hombre pudo arreglar el vehículo sin herramientas.

—Los que vinieron —explicó Sinuris— trajeron minúsculos aparatos capaces de soldar en frío cualquier orificio. Aburis, mi hombre de confianza, se limitó a pasar el pequeño aparato por los agujeros que las balas habían hecho en el motor del coche.

* * *

Con los ojos brillantes, Hans se dirigió a sus hombres.

—¡Nada de preguntas! Disparad sobre todo lo que oponga resistencia y capturad a los que se rindan.

Se lanzaron al asalto de la Puerta de la Luz. Cuando, cinco minutos más tarde, el profesor su hija y el ayudante penetraron en el interior de la oficina, el antiguo SS había controlado por completo la situación.

Un grupo de negros y el propio Sinuris estaban en un rincón, bajo la amenaza de las metralletas de von Kramer.

Sin vacilar, el profesor se dirigió hacia el egipcio.

—¿Dónde tienes escondido el tesoro?

Sinuris sonrió.

—En aquella habitación.

A pesar de que Von Ostenden fue el primero en echar a andar, Erika se le adelantó y, con los ojos brillantes de codicia, penetró en la estancia donde se hallaban acumuladas inmensas riquezas.

—¡Oh! —exclamó extasiada.

Karl se volvió hacia Ludwig.

—Vaya a por los hombres, Sweisser, y que empiecen a cargar los vehículos.

Entre tanto, con un brillo furioso en los ojos, Hans interrogaba al egipcio.

—¡Eres un maldito embustero! Has tenido que ver al médico italiano porque no le hemos encontrado fuera. Pero vas a decirme cómo conseguiste que le crecieran los dedos al leproso.

—No tienes más que entrar en la pirámide de plata — explicó el egipcio—. Encontrarás, en lo alto de la rampa circular, un traje

plateado. Póntelo y conseguirás lo que deseas.

—Si me mientes, te mataré como a un perro.

Una sonrisa de desprecio se pintó en los labios de Sinuris.

—Haz lo que te digo, pero no se te ocurra acercarte a ninguno de los niños que están sentados en el interior de la pirámide de plata. Si intentas acercarte a uno de ellos, morirás sin remedio.

Hans salió corriendo hacia la pirámide.

Ludwig llegaba en aquel momento, y sin darse cuenta de la ausencia del antiguo SS, ordenó a los hombres que le siguieran, dejando a uno para que vigilara al egipcio y a los negros.

Sinuris miró entonces intensamente al vértice superior de la pirámide de plata. El momento había llegado.

Sus labios trémulos se movieron un instante antes de que su boca pronunciara unas palabras en aquel lenguaje que tenía más de cuatro mil años:

—¡Buen viaje, hijos míos!

* * *

Claude aceleró al máximo. Luego, volviéndose hacia la parte posterior del vehículo en la que el doctor Moretti no cesaba de gruñir, le espetó:

—¡Deje de lamentarse de una vez para siempre!

Mario lanzó un bufido.

—Ustedes han sacado algo positivo en este viaje, pero no yo. Estoy convencido de que ese egipcio conocía la manera de despegar el traje espacial de aquel sitial.

Movió la cabeza de un lado para otro.

—Esa maravilla de «túnica mágica», como él la llama, podría haberme convertido en el hombre de ciencia más famoso del mundo.

Ivonne, que iba sentada a su lado, frunció el ceño.

—Es usted terrible, doctor. No piensa más que en usted mismo. Pero, si reflexiona usted un poco, se dará cuenta de que lo mejor que ha podido ocurrir es que ese traje espacial se quedara en la cuarta pirámide.

—¿Como puede usted decir eso, doctora?

—Porque conozco a la humanidad, amigo mío. S iusted hubiera

conseguido llevarse la túnica mágica, se la habrían robado en un periquete, aunque para ellos hubiesen tenido que matarle. E igual le hubiera ocurrido a su nuevo poseedor. Todo el mundo hubiera querido tenerla, y para conseguirlo habrían sido capaces de cualquier cosa.

Lanzó un suspiro.

—Además —dijo—, no olvide las palabras que pronunció Sinuris. Sólo una humanidad consciente y honesta podría emplear esa túnica sin egoísmos ni maldades. Basta pensar en que usted la deseaba no sólo para hacer bien a los demás sino para conseguir bien y riqueza.

Moretti bajo la cabeza, mordiéndose los labios.

Sin volverse, Claude, que había dicho a Ivonne que se sentara atrás para llevar las armas en el asiento delantero, a su lado:

—¿Te explicas cómo ese extraño traje espacial fue capaz de curarme en pocos minutos? —preguntó.

—No es un traje espacial —dijo la muchacha —, aun que lo llamamos así. Me fijé cuando entrabas en él, en sus gruesas paredes. Y eso me hizo pensar en que se trata de un complejo sistema terapéutico que contiene multitud de aparatos capaces de cicatrizar tejidos heridos o de regenerar partes mutiladas del cuerpo humano.

»Debe tratarse de un maravilloso laboratorio en pequeño, un laboratorio con un diminuto microquirófano, capaz de realizar plastias de tejidos para regenerar lo que sea.

—¡Una verdadera maravilla! —exclamó el doctor Moretti.

Empezaba a amanecer.

Después de dar un gran rodeo, avanzaban velozmente hacia el norte.

Desde que se Habla instalado el silencio en el vehículo una intensa emoción se apoderó de sus ocupantes. Era como si estuvieran esperando algo, que iba a producirse de un momento a otro.

En realidad, sabían que iba a producirse. Y cuando, bruscamente, una luz vivísima iluminó el desierto, como si el día se hubiese adelantado a su hora. Claude frenó bruscamente el Land Rover, precipitándose fuera del coche, al mismo tiempo que los otros dos.

Miraron hacia el sur.

Una especie de estrella de brillo cegador ascendía rápidamente hacia el espacio.

Era la cuarta pirámide que dejaba para siempre un mundo al que

había llegado hacía casi sesenta siglos.

* * *

Al ver salir a los hombres de Hans cargados con los tesoros. Sinuris esperó hasta ver al profesor y a su hija, que también llevaban objetos preciosos.

—¿Y Hans? —inquirió Von Ostenden.

—Está en el interior de la pirámide — repuso el egipcio -, recuperando su brazo perdido.

Karl soltó una carcajada.

—¡Allá él! Cada uno ha venido a buscar lo que deseaba. Pero... —añadió mirando al egipcio—, ¿puedes decirme de dónde has sacado todas estas riquezas?

—Cuando la triste época de los mil soles terminó — explicó Sinuris, muchos templos hablan quedado destruidos y sus riquezas dispersas por los alrededores. Fuimos recogiéndolas todas y las trajimos aquí.

Hizo una pausa.

—Mucho más tarde, los egipcios volvieron a construir nuevos templos y a acumular nuevas riquezas. Y los hombres del Norte creyeron que no había habido nada antes de aquello.

—No entiendo mucho lo que me explica —gruñó el profesor—, ni nada de eso me importa ahora. Lo único que me interesa es lo que vamos a llevarnos de aquí.

—No te llevarás nada.

Una risa cargada de desprecio se escapó de los labios de Von Ostenden.

—¿Es que vas a impedírmelo tú, imbécil?

—Escucha ese silbido. Los diez soles que hay bajo la pirámide de plata se han puesto en marcha. Antes de veinte segundos, el fuego de esos soles habrá abrasado el interior de la colina... reduciéndonos a cenizas.

—¡Estás completamente loco!

Una tremenda vibración sacudió la gran sala. Un rugido ensordecedor precedió a la salida, desde la parte inferior de la pirámide de plata, de largas lenguas de fuego.

—¡Huyamos! - gritó Erika que se había puesto mortalmente pálida.

No tuvieron tiempo a esbozar el menor gesto.

Un volcán rugiente les envolvió. La parte alta de la sala se abrió al impulso colosal de la punta plateada de la cuarta pirámide, que se abría paso hacia el exterior.

En unas pocas décimas de segundo, todo lo que estaba vivo en la sala se convirtió en polvorientas cenizas.

* * *

Al abrir de nuevo aquella especie de extraño traje en el que había penetrado momentos antes, Hans miró con incredulidad su nuevo brazo derecho.

—¡Lo he conseguido!

Le parecía mentira.

Durante unos instantes olvidándose de todo lo demás, gozó contemplando y moviendo aquel nuevo miembro mientras experimentaba un gozo indecible.

Pero al recordar las riquezas de las que debían estar apoderándose los otros, se dispuso a bajar por la rampa circular para ajustar las cuentas a todo el que se opusiera a que se llevara su parte del botín.

La vibración le tiró al suelo.

Aterrado, comprendió que la pirámide de plata se estaba moviendo, y la fuerza del impulso le pegó a la rampa durante largos segundos.

Hasta que, de repente, como si tirasen de él mil hilos invisibles se puso a flotar, moviéndose en el aire como un globo, contemplando horrorizado a los muchachos y a las muchachas que, sentados en círculo, estaban sujetos a sus sillones por recios cinturones de seguridad.

—¡Bajadme de aquí!

Nadie le contestó.

Moviéndose caprichosamente en el aire, debido a la falta de fuerza de gravedad, fue a tropezar con una de las paredes de la pirámide, consiguiendo asirse a una especie de saliente, junto al cual

había una abertura de forma ovoide.

Miró a través de la superficie trasparente que cubría el ojo de buey.

Y lanzó un grito de horror.

Allá abajo, destacando sobre el fondo negro del espacio, la esfera azulada de la tierra no tenía ya más que el tamaño aproximado de un balón de fútbol. Y Hans comprendió que aquel planeta en el que tanto daño había hecho, en el que tantas crueldades había cometido era un mundo en el que nunca más volvería a poner sus pies.

EPILOGO

—Ya he traducido todo —dijo Lewis—, Es la historia más fantástica que pueden ustedes imaginarse.

—Estamos esperando a que nos la cuente —dijo el profesor O'Brien que parecía haberse olvidado de su carácter burlón.

Maroc tomó asiento a la mesa, mirando a todos los presentes a los que se habla sumado el siempre compungido doctor Moretti.

—Como decía el primer papiro, debió existir una civilización técnica, anterior a la aparición de la cultura egipcia.

»Es muy posible por los datos históricos que poseemos, que esta gente no procediera de la tierra, llegando sin duda de algún otro mundo y atacando nuestro planeta con armas sofisticadas, todas ellas y utilizando la energía nuclear.

«Es está la época que los papiros llaman "Era de los mil soles", calificando así las armas atómicas que emplearon los invasores. De lo que no hay duda es de que lo que podríamos llamar "aterrizaje de los extraños" se llevó a cabo en el actual Egipto.

«Poco después, llegaban a nuestro planeta otras gentes cuyas intenciones no tenían nada que ver con las belicosas de los primeros.

»Es muy probable que los otros, los agresores, se alejaran de la Tierra, dejando en este pobre país a millares de desdichados afectados por quemaduras producidas por las radiaciones.

»Y entonces, los recién llegados, poseedores de una alta técnica médico-quirúrgica, se dedicaron a curar a los enfermos.

—Un momento... —interrumpió el profesor.

—¿Sí, señor?

—Me parece recordar - dijo O'Brien— que el papiro que fue obsequiado a Lombass habla de las otras tres pirámides como obra de los «visitantes del exterior».

—Así es, en efecto, profesor. Los visitantes, como usted les llama, construyeron las pirámides de Gizeh, que eran, en realidad, lo que ahora llamaríamos refugios atómicos.

—¿Y cómo las construyeron?

—Los papiros hablan de mecanismos antigravitatorios, capaces de

mover las enormes piedras que componen esas pirámides Todos sabemos, profesor que nadie ha podido explicar hasta hoy cómo se levantaron esas colinas pétreas.

O'Brien asintió con la cabeza.

—Es Cierto. Ninguna de las hipótesis formuladas hasta ahora, ha resultado convincente.

—Ahora sabemos por qué.

—¿Y qué más dicen esos papiros?

—Hablan de la muerte de todos los visitantes. Olvidando su propia seguridad, dedicando sus fabulosos medios terapéuticos a los demás, debieron contraer dolencias producidas por las radiaciones que terminaron por aniquilarles.

«Pero tenían a un precioso grupo de amigos.

«Gentes que habían sido curadas por los visitantes, juraron preparar a un grupo de personas que devolvería la cuarta pirámide a su punto de origen.

»Esa es la maravillosa historia de Sinuris. Conservando a los descendientes de las cuatro únicas parejas de visitantes que se salvaron los egipcios amigos cerraron la Puerta de la Luz, esperando el momento en que más allá del infierno, llegase la señal del regreso.

«Fueron muriendo y naciendo nuevas criaturas procedentes de aquellas cuatro últimas parejas. Como muchos de sus antecesores, Sinuris que era uno de los descendientes, soñó quizá con formar parte de la expedición que devolvería a la cuarta pirámide al lugar de donde procedía.

«Pero su bondad le perdió.

«Al enterarse de que el valle próximo a la Puerta de la Luz se había ido poblando de desdichados enfermos, afectados de lepra, quiso seguir haciendo bien a los humanos, siguiendo las leyes inscritas en los papiros que sus antecesores le habían legado.

«Y así descubrió el gran secreto, permitiendo que la existencia de la Puerta de la Luz fuera conocida por hombres ambiciosos, por los nómadas primero y luego por el grupo de germanos que no pensaban más que en apoderarse de los tesoros ocultos bajo la colina.

—Pero, observó el profesor—, nosotros encontramos un papiro, aquí mismo, que hablaba de la cuarta pirámide.

—Algún sacerdote egipcio, viviendo en aquella desdichada época debió escribir sus recuerdos.

Ivonne alzó el brazo.

—¿Sí? —inquirió Lewis.

—Querría hacer una pregunta, ¿a qué se debe esa forma piramidal con que los visitantes construyeron esos presuntos «refugios antiatómicos»?

—La pirámide, — repuso Maroc— es la forma geométrica que mejor rechaza los impactos directos.

—Entiendo — asintió la muchacha—. Lo que me gustaría saber ahora es cómo fueron empleadas como tumbas para faraones.

—Los egipcios se las encontraron hechas. Habían pasado muchos siglos desde la época de los soles, y los sacerdotes creyeron descubrir en ellas un gesto de la divinidad destinado a conservar los restos de los faraones.

—Fuera lo que fuese — intervino de nuevo el profesor—, la comunicación que vamos a hacer al mundo va ha ser verdaderamente revolucionaria. Aunque… — añadió con una sonrisa no creo que vayan a dar mucho crédito a esto que considerarán como la más fantástica de la hipótesis.

Lewis se puso muy serio.

—Son muchos, señor profesor, los que empiezan a creer que hemos recibido, en el curso de la historia, más de una visita del exterior. Recordemos que, además de las pirámides de Egipto están las pirámides aztecas, las figuras de la Isla de Pascua, ciertos «campos de aterrizaje» que sólo pudieron servir para que se posaran en ellos gigantescos cosmonavíos…

—Es cierto — aceptó el profesor—. Quedan muchos misterios por descubrir. Y estoy satisfecho de que nosotros hayamos contribuido a convertir en realidad la historia de la «Cuarta Pirámide».

* * *

El avión surcaba velozmente el espacio, volando sobre un mar de nubes blancas.

Ivonne miró por la ventanilla, mientras que su mano se mantenía unida a la de Claude, que como la suya ostentaba el precioso anillo que Sinuris les había ofrecido.

—Todo parece un sueño, ¿verdad?

Lombass esbozó una sonrisa.

—¿Es que acaso la vida no lo es?

—Es cierto.

Hubo un instante de silencio, volviéndose ella para mirar amorosamente a su acompañante.

—No debí aceptar — sonrió la muchacha — que nuestro viaje de novios fuera a México.

—Imaginas por qué, ¿verdad?

—¿Me tomas por tonta? Leí la carta que te escribió ese amigo tuyo.

—¿Te refieres a Ramírez?

—Sí.

—Es uno de los mejores arqueólogos del Nuevo Mundo. Y después de que hayamos pasado unos días de descanso en el maravilloso hotel de Acapulco, vendrá a buscarnos.

—Me lo temía.

El se echó a reír.

Luego, con una voz que transparentaba una intensa emoción:

—¿Es qué no te das cuenta, querida? Tiene que existir forzosamente una conexión entre las pirámides de Egipto y las que vamos a visitar.

Ella le miró con un brillo luminoso en los ojos.

—De veras que no sabía que eras tan materialista.

—¿Eh?

—¡Naturalmente! Tú esperas encontrar a un nuevo Sinuris. Y esta vez, si hallamos una nueva pirámide de plata, te creo tan atrevido como para pedir, en vez de los dos anillos que llevamos puestos, una cuna de oro para nuestro bebé.

FIN

EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain